La farsa

586

FEDERICO OLIVER

NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA

Adaptación teatral en seis jornadas de la célebre novela de

ALBERTO INSUA

50 cts.

24 horas fuera del colegio

POR

VALENTIN DE PEDRO

La novela de unos adolescentes que irrumpen en la vida con un ansia frenética de goce y de triunfo. Sus sueños, sus apetitos, sus desvíos. Episodios de una fuerte realidad, que se suceden con el dinamismo y la plasticidad de una película, en los más sugestivos ambientes.

TRES PESETAS

En todas las librerías y en Editorial Estampa
Paseo de San Vicente, núm. 18. — Madrid

L NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA

FEDERICO OLIVER

L NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA

Adaptación teatral en seis jornadas de la célebre novela del mismo título de don Alberto Insúa, estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 6 de febrero de 1930.

DIBUJOS DE SERVANDO DEL PILAR

LA FARSA

TO IV | 22 DE FEBRERO DE 1930 | NUM. 128

MADRID

A

DON ALBERTO INSUA

autor de la novela

"El negro que tenía el alma blanca".

Permítame usted, querido Insúa, que le ofrezca este ramo compuesto con las flores de su jardín. Perdone usted el desgaire que las desaliña, y, aunque cortadas, acéptelas sin rencor; que soy el primero en reconocer que las flores nunca estuvieron mejor que en el propio tallo.

FEDERICO OLIVER

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Emma	Carmen Carbonell.
Doña Prisca	Leocadia Alba.
La Olmos	María Esparza.
La Campitos	Soledad Domínguez.
La Marquesa de Arencibia	Matilde Galiana.
Piedad	Carmen Caballero.
La señora Nieves	Pilar M. Gómez.
La Fontecha	Jacinta Alenza.
La mamá de la Fontecha	Asunción Camarero.
Ginette	María Lola Argentí.
La López	María Fernanda Gascón.
Ketty	Josefina Viura.
Totó	Amelia Noriega.
Tulita	Paquita Granados.
La Florista	María Luisa Moreno.
Pedro Valdés (Peter Wald)	Antonio Vico.
Don Mucio Cortadell	Manuel González.
Mataró	Gaspar Campos.
Un sereno	Idem.
Graciano Chacón	Nicolás Rodríguez.
Luis Nonell	Gonzalo de Córdoba.
Néstor	Roberto Samsó.
Muelita	Antonio Torner.
Don Narciso	Modesto Rivas.
Juan	Idem.
El Maître	Ramón Camarero.
Roel	Idem.
Pera	Luis Ulloa.
Enrique	Idem.
Guillermo	José González.
El Moñitos	Idem.
Rolowitch	Angel Gascón.

Camareros, botones, tramoyistas.

JORNADA PRIMERA

al del Paseo de la Castellana. A la izquierda, el Palacio de los Arenci- A través de la verja adivínanse farolillos iluminados, como en celebra- ı de una verbena. A ratos óyense notas de orquesta; otras veces es un ıillo, todo entre rumores lejanos de gritos y risas. Es plena madrugada. ıELL duerme en un banco de piedra que hay en primer término, sirvién- e de su caja de betunerillo como de almohada. El SERENO del paseo gira su visita a la husma de vagabundos y parejas equívocas.

ESCENA PRIMERA

NONELL, *durmiendo. El* SERENO.

SERENO.—*(Descubriendo a Nonell y dándole con el pie.)* ¡Eh! 'ú!... ¡Granuja!

NONELL.—*(Soñoliento.)* ¿Es a mí?

SERENO.—¿A quién va a ser, so golfo? ¡Alevanta d'ahí! *(Nonell se mueve.)* ¡Que te alevantes, digo!

NONELL.—*(Incorporándose.)* Yo no soy golfo, señor Sereno.

SERENO.—Eres un *méndigo.* Y a los *méndigos* se les arrecoge la vía pública. ¿No sabes que no se pue dormir en los bancos los paseos?

NONELL.—Yo no dormía.

SERENO.—Roncabas...

672460

NONELL.—Me había traspuesto esperando un amigo que v venir a verme a este mismo banco.

SERENO.—*(Burlón.)* Será un consejero.

NONELL.—¿Qué quiere usted decir?

SERENO.—Un consejero del Banco. Porque mira que tú... a gos... ¡Anda ya, capitalista! ¿Qué amigos pue tener un?...

NONELL.—Betunero. Aquí está la caja, señor Sereno. *muestra.)*

SERENO.—¿Eres un limpia?

NONELL.—Soy un sujeto que se gana la vida humildemente, c manda Dios. Siempre de rodillas y a los pies del que me pag o me pega. De tanto dale que le das a los cepillos lustrando bo tengo un pulmón dañao. *(Lía un cigarrillo.)*

SERENO.—¿Y vas a fumar?

NONELL.—Tome usté un pito. *(Se lo da.)*

SERENO.—No será de colilla.

NONELL.—Es de una propina. *(Fuman. Pequeña pausa.)*

SERENO.—¿Y pa qué no te cuidas, hombre? Mira que si e malo del pecho, haces mal en echarle *necotina.*

NONELL.—¿Y a quién le importa la vida de Luis Nonell? nadie.

SERENO.—Te pues morir.

NONELL.—Más vale no pensar.

SERENO.—¿Eres pisimista?

NONELL.—Soy catalán.

SERENO.—¿Cómo te llamas?

NONELL.—Ya le he dicho que Luis Nonell.

SERENO.—¿No tienes familia?

NONELL.—También creo que le he dicho que no la tengo.

SERENO.—Dispensa.

NONELL.—Soy como los caracoles, que llevan la casa a cu tas. *(Mostrando la caja.)* Esta es mi concha, mi almohada y maleta cuando viajo a pie. Estoy corriendo mundo desde era niño. *Yo parle fransé.* ¿Comprende? *Tré bien.* Usted sabe de estas cosas. He visto mucho y me he divertido "lo mi como dicen ustedes los madrileños. Y allí donde estire la p se acabaron mis alegrías, pero tampoco lustraré más botas.

SERENO.—Hablas mu bien. *(Ligera pausa.)* ¿Y tu amigo?

NONELL.—¿Qué amigo?

SERENO.—El que esperas en este banco, hombre. ¿No me lo dicho?

NONELL.—¡Ah, sí!... Pedro.

SERENO.—¿Qué Pedro?

NONELL.—Un negrito.

SERENO.—¿Tienes un amigo negro?

NONELL.—Para mí no hay colores. No ando más que con bet señor Sereno. Mi amigo es un lacayito negro, que se llama Pe

aldés, y sirve en ese palacio tan iluminao de los marqueses de rencibia.

SERENO.—No te alabo el gusto. A menos tendría yo ser amigo un guachindango, porque la custión de razas se impone a las ces. Pero ese moreno que tú dices lo conozco yo. Es un chaval u bien plantao. Guapo, bastante guapo pa negro. Es talmente ı blanco pintao de chocolate. ¡Qué lástima de chico! *(Entre upada y chupada.)* ¿Y cómo te has hecho amigo suyo? ¿Quiés cirme?

NONELL.—Embetunándole el calzao. Ya que él se lo limpia a sus nos, justo es que otro se lo limpie a él. Esa es la cadena de vida. Simpatizamos como simpatiza la gente, como usted y mo yo, dándole gusto a la sin hueso. El habló de la Habana; , de París. Y como quiere que le cuente cosas del *Mulán,* de *Montmartre* y de las *midinetes,* quedamos citaos a esta hora y en te banco.

SERENO.—El banco, pase; pero la hora...

NONELL.—¿Qué tiene?

SERENO.—¡Miá que citarte de madrugá!

NONELL.—¡Pues claro! Esta noche celebran una verbena en el arque de su palacio sus amos, los marqueses de Arencibia. El ene que estar en vela para atender a los invitaos; abrir porteuelas de coches; servir helaos, champán y sámbuis. ¿No oye sted la música? *(Oyese una orquesta lejana.)* ¿No le da en la ariz?...

SERENO.—*(Oliendo.)* Aceite frito.

NONELL.—De la buñolada.

SERENO.—La gente rica no se priva de na.

NONELL.—Ya verá usted cómo el negro se acuerda de su amigo l limpia, busca las vueltas a sus amos y se nos presenta aquí on algo comestible: galantina de pollo, pavo trufao...

SERENO.—Se m'hace la boca agua.

NONELL.—O jamón en dulce.

SERENO.—¡Que convides, tú!

NONELL.—Si trae algo es para usted.

SERENO.—Y pa los míos. Na más natural que los pobres gurrioes desheredaos se lleven en el pico una miaja de lo que tiran los grandes. Eso es lo moral. ¿No afana un gato una chuleta de un fogón y se la come en un alero? ¡Pues claro! ¿Y no es más un hombre que un minino? Yo de mí sé decir que he procurao por tos los medios ser amigo de los cocineros de las casas grandes. Conocí a uno, algo pariente de mi parienta, que con la sisa estaba dejando en cueros a un grande de España. ¡Rediez qué tío regalándonos el pico con pucheros colmaos de callos y pepitorias de capones! En el mundo tié que haber de to. Y yo le aconsejo a los que quieran comer de gua-gua que se hagan amigos de los cocineros de postín.

NONELL.—Y en una casa como ésa...

SERENO.—¡Figúrate! En una casa como ésa se encienden lo cigarrillos con billetes de Banco. Yo sé de buena tinta que tiene una rentona diaria de ocho mil pesetas tos los días. Casi na. Entiende tú al mundo, betunero. A unos, tanto, y a otros, tan poco. Es lo que yo digo. Yo conozco a la vieja, a la señora marquesa de Arencibia. Es buena mujer y caritativa. La señorita Piedad, su nieta—la hermana de leche del negrito, como tú te habrás enterao—, es bonita, pero se ha tragao el molinillo. Y me paece que fuma, lo cual no tiene na de extraño si se mira que es cubana. En cuanto al señorito Néstor, el condesito de Virama, es un niño vicioso que tié la sangre atravesá y que abusa de sus privilegios. Un día no lo van a conocer y me lo van a dar pa el pelo en los chiscones onde se mete. Yo he tenido el honor de cantárselo así a la señora marquesa de Arencibia.

NONELL.—¿La conoce usted?

SERENO.—A la fuerza. ¿No ves tú que ayudo las más de las veces a sacar del coche al señorito cuando viene con el tablón? Entre el pobre negro y yo le metemos en la casa. Y no hace mucho—pa que tú lo sepas—lo tuvieron que sacar del pilón de la Cibeles, donde se estaba bañando con unas golfas a las tantas de la mañana. Gracias a que lo conocieron no durmió en la Delega y se le echó tierra al asunto. Por eso me conoce la señora Marquesa, porque ayudo a ser tapadera. Y de ahí que me gratifique la pobre señora. Es lo que yo digo. Estos son los resultaos de la abundancia: Su abuelo, el que hizo la fortuna; su padre, el que la luce, y él, el que la tira. Porque ese nene—que es un matoncillo que no tié ni media bofetá—va a coger colillas con el tiempo. Ya lo verás, ya. No hay refrán que no salga confirmao: "Padre, comerciante; hijo, caballero; nieto, pordiosero." La Providencia sabe lo que se pesca. Es lo que yo digo.

NONELL.—Oiga usted.

SERENO.—¿Qué pasa?

NONELL.—Que me parece que vienen para acá. *(Rumor de gente alegre que se aproxima cantando y riendo.)*

SERENO.—No tiene na de extraño. En otra cuchipanda parecía, también se salieron de madre a las cuatro de la madrugá. Es lo que dicen: "Que el paseo está solitario y que no molestan a nadie estirando las piernas." Son los rezagaos, los amiguitos del Benjamín de la casa, que quieren ancha Castilla pa refrescar el *bisqui*. ¡Angelitos!

NONELL.—*(Mirando a la izquierda.)* Vienen mujeres.

SERENO.—Cuidao, tú. Señoritas de alto copete. A la cuenta se les antoja pasearse por lo menos alumbrao. Me quito de en medio por si meten la pata, que to pue ser. *(Vase.)*

NONELL.—Y yo. *(Lo mismo.)*

ESCENA II

TOTÓ, KETTY y TULITA, *con pañuelos de Manila.* NÉSTOR, ENRIQUE GUILLERMO, *de smoking. Vienen muy alegres. Al final de la escena,* PEDRO.

ENRIQUE.—¿Adónde vamos?
NÉSTOR.—Hasta el Hipódromo.
GUILLERMO.—¡Hermosa noche!
KETTY.—Yo me muero por trasnochar.
TULITA.—¡Qué gusto!
NÉSTOR.—Todo Madrid descansa. El paseo está solitario.
TOTÓ.—Sí; pero es una pena que haya luz.
ENRIQUE.—Apaguemos los faroles.
GUILLERMO.—¡Buena idea! *(Palmotean. Algazara.)*
NÉSTOR.—¡Vivan las tinieblas!
KETTY.—¡Juicio, niños!
NÉSTOR.—Oye, Totó.
TOTÓ.—¿Qué quieres?
NÉSTOR.—Que mareas, chiquilla. Me tienes que relincho.
TOTÓ.—Pues a la cuadra.
NÉSTOR.—Tú tienes la culpa: me provocas, Totó.
TOTÓ.—¡Burro!
NÉSTOR.—Me emborrachas.
TOTÓ.—Yo no: el champán.
ENRIQUE.—¡Hombre, a propósito!
GUILLERMO.—¿Qué pasa?
ENRIQUE.—¿Llevamos champán?
TODOS.—*(Llamando.)* ¡Néstor! ¡Néstor!
NÉSTOR.—Aquí me tenéis.
ENRIQUE.—¿Hay champán?
GUILLERMO.—¿Hay *whisky?*
NÉSTOR.—Hay de todo. El negrito trae una cubeta.
TODOS.—¡Bravo! ¡Bravo!
ENRIQUE.—¿Dónde está la cubeta?
TOTÓ.—¿Dónde está el negrito?
NÉSTOR.—*(Llamando.)* ¡Pedro!
TODOS.—¡Pedro! ¡Pedro!
TOTÓ.—Me tiene *chalá* el lacayito de chocolate.
KETTY.—¿No contesta?
NÉSTOR.—*(Llamando, irritado.)* ¡Pedro!
TOTÓ.—No te hace caso. Verás a mí. *(Llamando.)* ¡Rubito! Merengue! *(Todos ríen. Sale* PEDRO. *Carcajada general. Sofocado, deja en el banco una cubeta con botellas.)*
TOTÓ.—*(A Néstor.)* ¡Mira como acude! Se le llama rubito y viene como un lulú. *(Ríen.)*
ENRIQUE.—El negro se ha puesto pálido.

KETTY.—¿Cómo se ponen pálidos los negros?

ENRIQUE.—Como si un baño de ceniza les aclarara el pellejo.

NÉSTOR.—*(A Pedro.)* ¿Por qué no venías? *(Pedro calla.)* ¡Co testa!

TOTÓ.—No le riñas.

NÉSTOR.—¿Te gusta este mono?

TOTÓ.—Te lo raptaba. ¿Por qué no me lo cambias por mi moz de comedor?

PEDRO.—*(Sofocado.)* ¡A mí no se me cambia, señorita! ¡Yo r soy una cosa para cambiarla por otra! ¡Soy un negro, es verdad pero tengo un alma!

NÉSTOR.—*(Avanzando, amenazador.)* ¡Un alma que te voy romper!

PEDRO.—*(Sereno y resuelto.)* ¡Poco a poco, amito, y guarde l distancia!

NÉSTOR.—¿Amenazas?

PEDRO.—¡Me defiendo!

NÉSTOR.—*(Atónito.)* ¿Tú oyes esto?

TOTÓ.—Déjalo.

PEDRO.—Yo respeto humildemente a todos... Pero si me pisa no lo aguanto. ¡El negro es un hombre y sabe hacerse respetar

NÉSTOR.—*(Sarcástico.)* ¡Respetar!...

PEDRO.—Pido perdón y respeto.

NÉSTOR.—¡Hasta los gatos quieren zapatos!... ¿No te he dich que los negros no son gente? ¿Y qué eres tú más que un negr ñáñigo?

PEDRO.—¡Cuidado, amito!

ESCENA III

Dichos, PIEDAD *y la* MARQUESA DE ARENCIBIA.

PIEDAD.—¿Qué pasa?

MARQUESA.—¿Qué escándalo es éste?

NÉSTOR.—Que el dichoso negrito tiene envidia de blanco, odi de razas... Que nos aborrece a todos, vamos.

MARQUESA.—¡Pedrito!

NÉSTOR.—Y no repara que él, y su madre, y toda su parentel son cosa nuestra; que sus abuelos fueron esclavos en nuestr casa. Nos insulta en vez de besar la tierra que pisamos. En est acaban tus mimos y arrumacos con él, mamá Gertrudis. Madrid se le ha subido a la cabeza.

MARQUESA.—Pero...

NÉSTOR.—Después de todo no vale la pena. Con tal de no verlo me siento feliz. Que haga su baúl y que se largue pronto. ¡Esta misma noche ha de ser!

MARQUESA.—¡Qué genio!

NÉSTOR.—*(A Piedad.)* ¿Ves tú? Ayúdame, Piedad. *(Pedro so-*
za.)

PIEDAD.—Tiene razón Néstor, mamita.

NÉSTOR.—Ayer tuvo el tupé de recrearse haciendo fondos y
ntas en mi sala de armas. Le sorprendieron mis amigos... ¿Pue-
: tolerarse esto? Tuve que decirle que las espadas y floretes,
mas de caballeros, no son para los negros; que los negros no
n gente.

PEDRO.—*(Estallando.)* ¡Cuidado, señor!

NÉSTOR.—*(A la Marquesa.)* ¿Lo estás viendo?

MARQUESA.—¡Es tu amo, Pedro!

PIEDAD.—¡Repórtate! *(Néstor y Pedro se miden rencorosamen-*
: con la mirada.)

KETTY.—*(Desde el grupo donde aguardan.)* ¡Néstor!

TOTÓ.—¿Vamos, Néstor?

NÉSTOR.—Me voy por no mancharme las manos en su cara.

PEDRO.—*(Con energía y serenidad.)* ¡Pruebe!

(Néstor se incorpora al grupo, que, recobrando su alegría, se
leja cantando y riendo.)

ESCENA IV

PEDRO, la MARQUESA *y* PIEDAD. *A poco, viene* JUAN, *criado de la casa, que sale a hacerse cargo de la cubeta con botellas.*

MARQUESA.—¡Loco!... ¡No te conozco, Pedrito! Eres otro. ¿Quién te ha cambiado, hijo?

PIEDAD.—Por Dios, mamita; no le llames hijo ni vengas ahora con blanduras. Pedrito es ingrato y no nos quiere. No perdona ocasión de mortificarme.

MARQUESA.—¿A ti?

PEDRO.—¿Yo?

PIEDAD.—Tú mismo. ¿Quién te manda contar a todos, venga o no a cuento, que tu madre me dió el pecho? *(A la Marquesa.)* Mira qué bonito: a todo el que quiere oírle, le dice que él y yo somos hermanos de leche; que jugábamos de niños en el ingenio "Los Mameyes", y otras indiscreciones que maldito lo que me favorecen. No es discreto, abuelita. No está bien que se diga que a mí me ha criado una negra.

MARQUESA.—¡Pobre Mari-Francisca!

PIEDAD.—Me avergüenza.

MARQUESA.—Nos quiso hasta morir... A ti te adoraba, Piedita, como si fueras su propia hija.

PIEDAD.—Si yo la quería también... No digo que no. Pero en su sitio cada una.

PEDRO.—Amita Piedad... Aplásteme con su planta si he si ligero. Pero, por el amor de Dios, trate bien la memoria de santa que nos ha criado.

PIEDAD.—*(Irritada.)* ¿Otra vez?

MARQUESA.—¡Vamos, Pedrito; no tengas familiaridades!

PIEDAD.—Me voy con Néstor. *(Se agrega al grupo de éste, q pasa por el foro.)*

ESCENA V

PEDRO, *la* MARQUESA DE ARENCIBIA *y* JUAN, *en segundo términ*

MARQUESA.—Veo que el mal no tiene remedio.

PEDRO.—No lo tiene.

MARQUESA.—¿Qué piensas hacer?

PEDRO.—Volver a Cuba.

! MARQUESA.—Yo te daré cartas de recomendación para que sir vas en buena casa.

PEDRO.—No quiero servir.

MARQUESA.—¿Qué dinero te queda?

PEDRO.—Dos mil pesetas.

MARQUESA.—¿No tenías cinco mil?

PEDRO.—Tenía cinco mil del legado de mi amo el señor Marqués, que Dios tenga en su gloria.

MARQUESA.—¿Y en qué has gastado las tres mil que te faltan¡

PEDRO.—En un sepulcro para mi madre.

MARQUESA.—*(Atónita.)* ¿Eh?

PEDRO.—En un mausoleo de granito negro como su cuerpo... Pero la cruz es de piedra blanca como su alma. Porque el alma de mi madre no era negra.

MARQUESA.—¡Qué locura! ¡Haber derrochado tres mil pesetas en *éso! (Movimiento en Pedro.)* No te irrites, hombre.

PEDRO.—Al amanecer me voy. Me desarraigo para siempre de esta casa donde he nasido.

MARQUESA.—¿Tienes odio a la casa?

PEDRO.—La tengo odio y apego, que es lo que me hase llorar.

MARQUESA.—¿No quieres entrar?

PEDRO.—Ya he salido para siempre.

MARQUESA.—¿Y si yo te lo mando?

PEDRO.—No podría obedeser. Lo que sí la pido es que los criados blancos saquen mi baúl a la puerta.

MARQUESA.—¿Lo tenías hecho?

PEDRO.—Desde esta tarde que fuí afrentado por el amo en la sala de armas.

MARQUESA.—Me da pena despedirme de ti fuera de mi techo... y a esta hora.

PEDRO.—Pronto sale el sol, que lo mismo calienta a blancos e a negros.

MARQUESA.—¡Qué le vamos a hacer!

PEDRO.—Adiós, señora.

MARQUESA.—Adiós, hombre. *(A Juan.)* Ayuda a sacar el equi-je de Pedrito en cuanto Dios amanezca y procura que no hable n el señor.

JUAN.—Así lo haré, señora. *(Vase la Marquesa.)*

ESCENA VI

PEDRO y JUAN.

JUAN.—¿Sabes lo que te digo?

PEDRO.—Tú dirás.

JUAN.—Que te aprecio, aunque creas que los criados blancos tenemos hincha.

PEDRO.—Todos me odiáis.

JUAN.—Ya, ¿pa qué? Me das lástima, moreno. En medio de to, es un crío. ¿Sabes lo que yo haría, en tu pellejo, pa volver a uba sin gastar un cuarto?

PEDRO.—No sé.

JUAN.—Tú tienes buena facha... Si te presentas con una buena comendación a la Compañía Trasatlántica te tomarán de pin-e. Y así, pelando patatas y fregando platos, te sale el pasaje atis. Es lo que hacen muchos.

PEDRO.—Gracias. Estoy cansado de servir.

JUAN.—Yo soy blanco y sirvo. De manera que tú... *(Vuelve grupo cantando y riendo.)*

PEDRO.—Lleva el champán a tus amos.

JUAN.—Están de vuelta.

PEDRO.—*(Ocultándose entre los arbustos.)* No quiero que me an.

JUAN.—Volveré a hacerte compaña, como me han mandao.

PEDRO.—No te necesito.

JUAN.—*(Molesto.)* Como quieras. *(Toma la cubeta con las bo-llas y se incorpora al grupo, que regresa al parque. Oyese de uevo la música. Pedro, que ha seguido con la vista las últimas guras que han penetrado en el jardín, se deja caer en el banco llora amargamente. Detrás de él surge la figura del betunerillo. na leve claridad de aurora tiñe el horizonte.)*

ESCENA VII

PEDRO y NONELL.

NONELL.—Pedro.

PEDRO.—¿Quién es?

NONELL.—Un amigo.

PEDRO.—Yo no tengo amigos.

NONELL.—Te engañas.

PEDRO.—Yo soy un desgrasiao. A mí se me afrenta por
color. Se me tiene como un bicho raro. En este Madrid no h
golfo que no se atreva conmigo porque soy negro... ¿Qué tie
que ver el color con el alma? ¿Acaso un negro no puede ten
tanto corasón como un blanco? ¿No puede ser tan valiente
honrado? El negro es fiel, es leal. Se deja matar por su amo
Me quema esta palabra en la boca... ¡El amo!... ¡Sangre de e
clavo tenemos en las venas! Al palo del amo, correspondem
con cariño, lo mismo que el perro... ¡Porque yo no puedo arra
carme del alma este apego que le tengo a mi amita Piedá, q
se ha criado conmigo a los pechos de la misma madre, que
jugado conmigo en la misma cuna! Entonces éramos hijos
Dios, los dos iguales, como hermanos los dos... ¿Por qué
tiempo no se paró entonces? ¿Por qué hemos crecido? Los de
grasiaos debían ser siempre niños. Ella es ahora el ama, yo
esclavo. Ella, la rica; yo, el pobre. Ella, la blanca; yo, el negr
Soy la última palabra, Nonell. ¿Quién es más desgrasiao que y

NONELL.—Yo te envidio.

PEDRO.—¿Tú?

NONELL.—Tú has tenido una madre...

PEDRO.—Negra...

NONELL.—¡Para ti, madre! Que es todo lo que hay que dec
para quien nunca la tuvo. ¿Tú la cambiarías por una mad
blanca?

PEDRO.—¡No!

NONELL.—¿Lo estás viendo? ¿Y tú, te cambiarías por un bla
co? Aparte de que no lo consentiría tu madre... ¿Te cambi
rías tú?

PEDRO.—Me cambiaría el color... Mejor dicho, me lo arranc
ría de la piel.

NONELL.—Eso es otra cosa. Tu piel no eres tú.

PEDRO.—¡Es un hierro, un sello, un tatuaje!

NONELL.—¡Un tatuaje de Dios! Consérvalo.

PEDRO.—¡Cómo se conoce que no sabes lo que es ser negro!

NONELL.—*(Mostrándole las manos manchadas de betún.)* ¿Qui
res más negrura que esta de mis manos? Consuélate, negro, q
hay blancos que somos también esclavos. Todos los pobres som
peores que esclavos... ¡Si yo estuviera en tu pellejo!— ¡Con
que vales!

PEDRO.—¿Pero qué dises?

NONELL.—Con lo que vales, *noy*. Eres joven, listo y guapo para u color. Tienes sobre ti el cielo, y delante de ti la tierra y el ıar... Y para colmo, dos mil pesetazas en el bolsillo. Te quejas e vicio, negro. Yo quisiera ser tu criado.

PEDRO.—¿Tú mi criado?

NONELL.—¡Tu esclavo! Ya ves como a todo hay quien gane.

PEDRO.—Eres el único blanco que he encontrado con un corazón. *(Se abrazan.)*

NONELL.—Soy tu hermano, Pedro.

PEDRO.—¡Y te encuentro cuando tengo que dejarte!

NONELL.—¿Te vas?

PEDRO.—A Cuba. A mi tierra. A la tierra donde colgaron a ni padre de una guásima... ¡Por traidor! Fué uno de los últinos que murieron por España, al defender las fincas de sus .mos. Era capatás de la negrada y dió su sangre por esta gente ıue vino aquí huyendo de la quema. A mi madre la arrancaron le sus brazos para que siguiera criando a mi amita niña Piedá, ıue ahora mismo acaba de escupirme su despresio. Mi madre se nurió de pena y de frío en este Madrí, que llevo en el corasón ›orque la guarda a ella... ¡Y tengo que volverme a Cuba, donde ıadie sabe quién soy!

NONELL.—¡Valiente disparate!

PEDRO.—¿Por qué?

NONELL.—¡Pasar el charco! ¿Sabes lo que cuesta el pasaje? ¿Y qué te espera en Cuba? ¡El hambre!

PEDRO.—¿Y adónde voy?

NONELL.—A París.

PEDRO.—¿A París?

NONELL.—A la *vil lumier,* que quiere decir luz. La ciudad-luz, para que te vayas enterando, hijo. *(Frota índice y pulgar, indicando moneda.)* Allí me iba yo con mis huesos si estuviera en tu pellejo.

PEDRO.—¿Es bonito París?

NONELL.—El acabóse. No hay más allá. Anímate, *noy*. En el barco a lo mejor te vas a pique. Y París está más cerca que Cuba. A treinta y tantas horas de tren.

PEDRO.—Me impresionas...

NONELL.—En París tendrías suerte de "grun". Tienes el tipo.

PEDRO.—Eso, no.

NONELL.—Cuando yo te lo digo.

PEDRO.—No quiero servir.

NONELL.—Según donde sea. En un restorán de París, a Montmartre, un "grun" de color y estilo se hace de oro... Yo he sido "grun" en la plase Pigale, en la ru Fonténe, en el jal...

PEDRO.—¿Y qué sacaste?

NONELL.—Es que no me acompaña el tipo... Te tiene que acom pañar el tipo... Además, no estaba bueno.

PEDRO.—¿Y el color?

NONELL.—¡Bah! Los negros tienen *sucsés,* mucho *sucsés* e París. Decídete.

PEDRO.—Si al menos te tuviera allí...

NONELL.—En ti consiste. Llévame de intérprete. *Ye parle t bien.* Ya verás, *garsón.*

PEDRO.—Te llevo de amigo. Me has dado ánimos cuando m moría de pena. Vámonos juntos y no nos separaremos nunca. ¡M parese mentira que seas un blanco!

NONELL.—*(Jovial.)* ¡Y a mí!... Pero a veces lo blanco y lo n gro dan una mezcla muy buena. Ahí tienes el café con lech *(Amanece.)*

PEDRO.—Y esta es la hora de tomarlo. Vamos al bar, Nonell.

NONELL.—*(Tomando su cajón de betunero.)* Déjame antes cog mi maleta,

PEDRO.—*(Abrazando a Nonell.)* ¡Estoy contento! ¡Me has dad alegría.

NONELL.—¡La vida es buena! ¡A vivir, Pedro!

PEDRO.—¡A vivir!

NONELL.—¡A vivir! *(Nonell tose.)*

PEDRO.—¿Toses?

NONELL.—No es nada... ¡A vivir! ¡Viva la vida! *(Se van abra zados.)*

TELON

SEGUNDA JORNADA

telón del revés con un agujero en el centro para mirar al público. En primer término, las primeras cajas del escenario.

ESCENA PRIMERA

Ha terminado la comedia que se representaba en el Teatro del inete. Es el entreacto. Va a dar comienzo el número en que cen su debut el negro PETER WALD *y su pareja* GINETTE. *Los istas de la compañía,* ROEL, ROGELIO PERA, LA LÓPEZ, LA CAMTOS *y* LA FONTECHA, *en unión de* DOÑA PRISCA *y* DON MUCIO, tran *y salen, cuchichean, se van y vuelven. A poco de levanse el telón entra* GRACIANO.)

LA CAMPITOS.—¿Has visto al negro?

LA FONTECHA.—No. ¿Y tú?

LA CAMPITOS.—Tampoco.

LA FONTECHA.—¿Tienes muchas ganas de conocerle?

LA CAMPITOS,—¡Ay, sí! Unas ganas locas. Yo no soy como la rtadita. *(Se acerca* GRACIANO CHACÓN. *Es un mancebo de beza petulante y agresiva.)*

GRACIANO.—¿Se murmura?

La Fontecha.—Hola, Chacón.

La Campitos,—Adiós, Graciano.

Graciano.—*(Malicioso.)* ¿Quién está sobre el tapiz?

La Campitos,—¿Qué dices?

Graciano.—¿A quién le quitábamos el pellejo?

La Fontecha.—Decía ésta que no es como la Cortadita.

Graciano.—¿Y quién es la Cortadita?

La Campitos.—Aquella monada que está mirando por el ag ro del telón.

Graciano.—*(Mirando con el rabillo del ojo.)* Lindísima figul

La Fontecha.—Todo lo tiene bonito: las pantorrillas, los o el pelo, la boca... ¡Qué asquerosa!

La Campitos.—*(A Graciano.)* ¿Te gusta?

Graciano.—No tanto como tú, Campitos. Tu color trigu mate me mata. Eres una *terracotta.*

La Campitos.—Pelmazo.

Graciano.—Una tanagra.

La Campitos.—Camelos, no, alma mía. *(Siguen murmuran*

Don Mucio.—*(Vejete feísimo. A Emma, su hija, que mira el agujero del telón.)* ¿Me dejas mirar?

Emma.—*(Cediéndole el sitio.)* Está entrando la gente.

Don Mucio.—*(Mirando.)* A racimos. *(Ligera pausa. Oyese a músicos que afinan sus instrumentos,)* Oye, niña.

Emma.—Papá.

Don Mucio.—Te aconsejo con disimulo que hables lo me que puedas con esa tarasca de la Campitos. A ella y a su señ madre, doña Prisca, las tengo montaditas en el mismo cabal de la nariz... ¿Miran?

Emma.—Ahora, no.

Don Mucio.—La Campitos y tú sois en el presente mome histórico unas tristes meritorias. Pero tú llegarás a primera triz por el camino derecho. Ella, por el torcido. No te digo n Es una niña muy libre, y mientras menos palique, mejor.

Emma.—Si no me puede ver ni en pintura.

Don Mucio.—Pues correspóndela cordialmente.

Emma.—Y como tengo la desgracia de vestirme en el mis cuarto que ella...

Don Mucio.—¡Pobrecita mía! Vestirse en un cuarto del f y con una crisálida de golfa. Pero un día llegará, hija de mi s gre, en que brillarás como una emperatriz. Tienes lo princi que es el palmito. Por ver tu cara se debe pagar dinero. E más bonita que una onza. Te lo dice tu padre, que entiende onzas.

Emma.—¡Papá!

Don Mucio.—¡Pero por los clavos de Cristo, monada! No me encojas ni atosigues delante de los hombres. Hay que ser presiva... Un poquitín insinuante, sin pasar de la raya. Más c

tesoro. Sobre todo con los autores, que son los repartidores a carne, vulgo papeles. Más osadía, criatura; más desparpajo. experiencia paternal te dice que para ser buena cómica hay tener poca vergüenza, en el buen sentido de la palabra.

MMA.—*(Mirando a la derecha.)* Doña Prisca. *(Viene* DOÑA SCA, *madre de la Campitos, acompañada de* LA LÓPEZ, *segun- exuberante de la compañía.)*

OÑA PRISCA.—*(A Don Mucio.)* ¿Está usté abonao al bujero telón?

ON MUCIO.—*(Cediéndole el sitio de mala gana.)* ¡Señora!

OÑA PRISCA.—¡Quítese usté, so facha!

ON MUCIO.—¡Y que haya sido uno sargento de guerrillas!

OÑA PRISCA.—De las clases pasivas.

ON MUCIO.—*(Enfurruñado.)* ¡Doña Prisca!

OÑA PRISCA.—*(Lo mismo.)* ¡Don Mucio!

ESCENA II

hos y el MOÑITOS, *electricista del teatro, que trae un gran tel enrollado. Salen* ROEL, *caricatura viviente, y* ROGELIO PERA, *segundo actor de la compañía.*

MOÑITOS.—¡Paso, que mancho!

PERA.—¿Adónde vas?

ROEL.—Ven acá, eléctrico.

LA CAMPITOS.—¿Qué traes, Moñitos?

MOÑITOS.—*(Jactancioso.)* Un afiche de los grandes, que me ha alao la Empresa pa que lo pegue en la cabina de la luz. *(Lo enrolla.)* ¡Y que está pocho el anuncio!

TODOS.—¡A ver, a ver! *(El "afiche" representa un bailarín ne-, muy estilizado, contrastando con una silueta blanca de baila- a.)*

LA FONTECHA.—¡Qué bonito!

LA CAMPITOS.—¿Qué dice?

ROEL.—*(Leyendo.)* "Teatro del Sainete. Peter Wald. El baila- sublime. La primera atracción del mundo con su pareja la be- Ginette. "

MOÑITOS.—Jinete. Ahí dice jinete en español. Una buena jaca. mí es que estas franchutas tan provocativas me ponen que re- zno. Jinete...

GRACIANO.—Se dice Ginet, Moñitos, Gi... net.

MOÑITOS.—Bueno, Gilet. Está la tía como pa afeitarse sólo con a.

ROEL.—Hay que ver el negro.

LA LÓPEZ.—¡Qué interesante!

LA CAMPITOS.—*(Apartándose del grupo con la Fontecha.)* Tan teguapísimo es, que Chacón a su lado resulta...

GRACIANO.—*(Siguiéndola.)* ¿Qué resulto yo, niña?

ROEL.—*(En el otro grupo, donde corre el "afiche" de una a otra.)* Dicen que es el primer bailarín del globo terráqueo.

DOÑA PRISCA.—Que baila un charlestón...

LA LÓPEZ.—Y un blac-bóton...

ROEL.—Y un shimmy...

PERA.—Yo todo lo veo negro.

ROEL.—El porvenir es de betún.

PERA.—Sobre todo para el arte dramático. Las varietés echan del teatro. ¡Qué vergüenza! ¡Qué asco!

DOÑA PRISCA.—¡Cállese usté, melón!

PERA.—*(Indignado.)* ¡Señora!

DOÑA PRISCA.—¡Se me escapó! Le he llamao con el alias que se le conoce en el teatro.

PERA.—¡Señora!...

MOÑITOS.—*(Recobrando vivamente su cartel.)* ¡Me vais a gastar el afiche con tanto dale que le das pa gulusmearlo! El quiera recrearse que venga a la cabina. Lo voy a pegar aí la un trágico mu grande, pero mu bruto, y de una trágica mu n pero mu fea. *(Vase.)*

ESCENA III

Dichos y MUELITA, *tipo almibarado, amigo de cómicos y co vedile de bastidores.*

MUELITA.—Salut im plurimam.

GRACIANO.—¡Hola, Muelita!

LA CAMPITOS.—El gran Muelita.

MUELITA.—Adiós, Adonis.

ROEL.—*(Acaparándolo.)* Ven acá, Muelita de mi alma, pre sidad! Escucha.

LA CAMPITOS.—No lo acapares, Roel.

ROEL.—*(Llevándoselo aparte.)* ¿Dónde compras el cosmét alma mía?

LA CAMPITOS.—Se lo llevó.

GRACIANO.—*(A la Campitos.)* Oye, preciosa.

LA CAMPITOS.—Oigo.

GRACIANO.—¿Por qué no me presentas a la Cortadita?

LA CAMPITOS.—Luego.

GRACIANO.—La Cortadita, la Cortadita... ¿Por qué la llan así?

LA CAMPITOS.—Porque es hija de don Mucio Cortadell.

LA FONTECHA.—Uno que tuvo imprenta...

GRACIANO.—¿Don Mucio?

LA CAMPITOS.—Aquel vejete, que no la deja ni a sol ni a s bra.

GRACIANO.—¿Aquella birria?
LA CAMPITOS.—¿Te asombra?
GRACIANO.—¡Qué tío,.. Es más feo que Roel!
LA FONTECHA.—Que ya es decir.
GRACIANO.—Un colmo.
LA CAMPITOS.—Como que corre por los cuartos una aleluya... ¿a digo?
GRACIANO.—Dila.
LA CAMPITOS. "Al feísimo Roel
hace guapo Cortadell." *(Ríen. Algazara.)*

GRACIANO.—Exacto. No me cabe en la cabeza cómo un cardo arriquero puede dar una rosa. *(Siguen murmurando.)*
PERA.—*(A su mujer mientras pasea nervioso.)* ¡El Melón! Quisiera yo saber quién me ha puesto el motecito. Se lo iba a pagar con pepitas y todo.
LA LÓPEZ.—Y yo quisiera averiguar quién me puso a mí la Pera.
PERA.—Hija, te dicen la Pera porque eres mi mujer legítima, yo me llamo Rogelio Pera. Lo tuyo es natural.
LA LÓPEZ.—Pues nada de Pera. Yo soy la López.
PERA.—Me ofendes si desdeñas mi apellido.
LA LÓPEZ.—Ya te dije que lo cambiaras por otro, como hizo D'Annunzio.
PERA.—¡Jamás! El honrado apellido de mis padres me seguirá hasta ultratumba. Yo desciendo de los Perales. Y tú...
LA LÓPEZ.—¿Yo?...
PERA.—De los Peroles.
LA LÓPEZ.—Eso es llamarme cocinera.
PERA.—*(Autoritario.)* ¡Enmudece y calla!
LA LÓPEZ.—¡Qué hombres! *(Pera se acerca al grupo de Roel y Muelita.)*
MUELITA.—¿Cómo está usted, amigo Pera?
PERA.—Rabiando.
ROEL.—¿Qué te pasa?
PERA.—Estoy negro.
ROEL.—Tinta china.
MUELITA.—Como todos.
PERA.—Yo más que nadie, Muelita. Es una mala vergüenza que los actores de postín, como Gandía, y las actrices de tronío, como la Olmos, no le digan a la Empresa "ahí queda eso", y se despidan en el acto.
ROEL.—Mejor en el entreacto o al terminar la función.
PERA.—¿Chirigotitas, Roel? Estamos hablando en serio. Si yo fuera el primer actor de una compañía de verso y me trajeran a mi teatro un bailarín de color, me daba un tiro. ¡Vaya si me lo daba!
ROEL.—Exagerao.

PERA.—Amigo Roel, yo soy un actor modesto, pero tengo decoro de mi arte.

ROEL.—¡Pun!

PERA.—¡Ríase usted! Pero yo alcancé a Valero, a Vico, a do Pedro Delgado... ¡Oh, aquel don Pedro! Nadie le apeaba tratamiento. Para nadie fué Perico, mas que para mí.

ROEL.—¡Pataplún!

LA CAMPITOS.—*(Irrumpiendo en el grupo.)* ¿No sabéis lo qu le pasa a la Cortadita?... ¿Pero no lo sabéis?

MUELITA.—¿Qué le pasa a esa sensitiva?

ROEL.—¿A ese nenúfar?

MUELITA.—¿A esa tórtola?

LA CAMPITOS.—A esa tórtola, mejor dicho, a esa tonta le pas que le da miedo el negro. ¡Habráse visto!

MUELITA.—¿Y a ti no?

ROEL.—¿A ésta? A ésta la pones tú entre un mandinga, u piel roja y un hijo del Celeste Imperio, y se queda con los tres ¿Verdad, Campitos?... Tú no les tienes miedo a los hombre de ningún color.

LA CAMPITOS.—¡Idiota!... Si les tuviera miedo, ¿iba a mirar te a ti? *(Ríen todos.)*

ROEL.—Campitos, ¡me has majado! *(Ríen más.)* Pero, ¿so tan feo? *(Carcajada general. Aproxímase Emma, seguida de s padre. Luego, doña Prisca, la López, Graciano, etcétera, atraí dos por la conversación.)*

MUELITA.—¡Emma ideal!

ROEL.—¡Bibelote humano!

(La Campitos se retira.)

DON MUCIO.—Hola, señores.

MUELITA.—¿No sabe usted lo que me han dicho, Emma?

EMMA.—Como usted no lo diga...

MUELITA.—Que le da a usted un miedo horrible el negro Peter Wald.

EMMA.—¿A mí?

MUELITA.—A usted. Me lo ha dicho la Campitos.

DON MUCIO.—*(Entre dientes.)* ¡Liosa! *(Mira con rabia a doñ Prisca.)*

EMMA.—Pues es verdad. A mí me dan mucho miedo los negros

MUELITA.—Cuando usted vea a Peter Wald, cambiará de idea

EMMA.—*(Asustada.)* No me lo diga usted, que me pongo nerviosa. No lo puedo remediar, pero los negros me dan miedo me parecen demonios.

LA LÓPEZ.—¡Ave María!

DOÑA PRISCA.—Ni que fuera un antropólogo.

DON MUCIO.—Antropófago, querrá usted decir.

DOÑA PRISCA.—¡Ta d'ahí, académico!

DON MUCIO.—*(Irritado.)* ¡Doña Prisca!...

ÑA PRISCA.—Lo mismo que lo del nombre... ¿Pues no dice
l negro se llama Pedro?
N MUCIO.—Y así es. Peter es Pedro.
ÑA PRISCA.—Pues él se pone Peter.
N MUCIO.—Y es Pedro.
ÑA PRISCA.—No querrá usted saber más que el interesao...
N MUCIO.—Yo...
ÑA PRISCA.—Usted no ha visto negros, don Mucio.
N MUCIO.—Más que usted. Me he batido en Cuba, a las ór-
s del general Santocildes, y no sólo he visto, sino que he
do bastantes.
IMA.—*(Asustada.)* ¡Por Dios, papá!
N MUCIO.—Era mi deber, paloma. Si me hubieran matado a
os negros, dicho se está que tú no habrías venido al mundo.
ACIANO.—*(Interviniendo.)* Y diga usted, don...
MUCIO.—Mucio.
UELITA.—*(Presentándole.)* Mi amigo Graciano Chacón.
RACIANO.—Y diga usted, don Mucio, ¿ha visto usted al negro
r Wald? ¿Se ha fijado usted en su retrato?
ON MUCIO.—Sí, señor.
RACIANO.—Sáqueme usted de una duda, ya que entiende de
os. ¿A qué subraza pertenece Peter? ¿Cuál es el matiz que
iferencia de sus congéneres?
OEL.—Yo creí que los negritos eran todos iguales.
RACIANO.—¡Quia!
ON MUCIO.—No, señor. Hay negros de negros.
RACIANO.—¿Es un negro de pura raza?
ON MUCIO.—No, señor.
RACIANO.—¿Cuál es su mestizaje?
ON MUCIO.—Si su padre era un congo y su madre una man-
ga injerta en carabalí, ¿cómo quiere usted que yo lo sepa?...
lo que no tiene nada es de chino, porque se le notaría en
ojos. Por el brillo de la piel, que está como barnizada, yo
a: mandinga; por los dientes, como la leche, carabalí. Pero
narices no son bastante chatas, ni la boca bastante gruesa,
a un negro oriundo de Africa. ¿Vendrá de los Estados Uni-
s? ¿Tendrá algo de piel roja?... No lo sé, la verdad. Hay un
gma.
A CAMPITOS.—Total, betún. Pero del superior.
ON MUCIO.—Hay un misterio. Yo no soy antropólogo.
OÑA PRISCA.—Se dice antropófago.
ON MUCIO.—*(Furioso.)* ¡Y me la voy a comer a usted, doña
isca!
OÑA PRISCA.—¡Goloso!

ESCENA IV

Dichos y MATARÓ, *segundo apunte de la compañía.*

MATARÓ.—¡Que voy a empezar!... ¡Fuera de escena!

DON MUCIO.—Mataró.

MATARÓ.—¡Qué barbaridad!... ¡Vaya una entradita que se colado en el escenario!

ROEL.—Si no tenemos donde meternos.

MATARÓ.—Pues al público.

DOÑA PRISCA.—Está todo vendido.

MATARÓ.—¡A ver, fuera de escena!... Pero ¿qué va a ser e

LA CAMPITOS.—*(Tirando de él.)* Ven, Mataró.

MATARÓ.—¿Qué hay con Mataró?

LA CAMPITOS.—¡Negro!... Tú sí que eres negro... Ven a ¡asaúra!

MATARÓ.—No me busques el genio, que tengo cosquillas.

LA CAMPITOS.—Ahora mismo le vas a pedir a la Empresa nos deje ver el espectáculo entre cajas.

MATARÓ.—Eso sí que no.

LA CAMPITOS.—¿No?

MATARÓ.—Ni a tiros.

DOÑA PRISCA.—¿Nos van a echar?

PERA.—*(Indignado.)* ¡Somos cómicos!

ROEL.—¡Ya somos gente!

PERA.—¡Y nos entierran en sagrado!

ROEL.—¡Estamos en nuestra casa!

LA LÓPEZ.—¿Qué menos?

DOÑA PRISCA.—Yo creo que las mamás de las artistas no torbamos en el escenario. ¡Digo, me parece!

MUELITA.—Ni los amigos de la casa.

MATARÓ.—Pero míster Peter dice que nones.

DOÑA PRISCA.—Pues le dices tú que pares, aunque le parez un fenómeno.

LA CAMPITOS.—Anda, Mataró.

MATARÓ.—¡Por vida de...! Me van a echar una bronca...

ROEL.—*(Señalando a la izquierda.)* Ahí tienes a don Narc

LA CAMPITOS.—Y a Bélmez.

MATARÓ.—*(De mala gana.)* Voy, porque no se diga.

DOÑA PRISCA.—¡Anda con ellos!

LA CAMPITOS.—Hazlo por mí...

MATARÓ.—Voy lo mismo que un gato, cuando le llaman pa fregarle el hocico.

LA CAMPITOS.—¡Anda, Mataró!

ROEL.—*(Empujándole.)* ¡Mata... rile, rile; Mata... rile, rile *(Vase Mataró.)*

ESCENA V

Dichos y La mamá de la Fontecha.

La Fontecha.—Ven, mamá.

La mamá.—*(Con una silla en la mano.)* Yo he pescado una a.

Roel.—*(Amostazado.)* Pues si yo fuera la Empresa, iban us-les a sentarse en la copa de un pino.

Doña Prisca.—¿Y puede saberse por qué?

Roel.—Porque dice el arquitecto que neutralizan ustedes la ar-onía de la decoración de la sala. No hay friso que resista a a ristra de cabezas de mamás.

La Campitos.—¡Mi madre!

Doña Prisca.—Es usté muy delicao.

La mamá.—¡Que tenga una que aguantar!...

Doña Prisca.—¡Aguantar!... ¡Vamos, señora, que por algo me .mo yo Prisca!... Aguantar, ¡ni prisca! Pues ¿qué se ha creí-o? Lo que pasa es que se mete con las mamás de las merito-as porque todas le hemos conocido que es un satírico... Y por aquel de proteger a las niñas, s'aprovecha el hombre.

Roel.—No lo dirá usted por la suya, doña Prisca, que puede ıdar solita por el mundo.

Doña Prisca.—Puede andar y anda. Pero... ¿lo dice usted con tintín?... Mi hija es una señorita de vanguardia, pero señori-a al cabo. Lo que pasa es que no es tan ñosca como la Cor-ıdita.

Don Mucio.—¡Doña Prisca!

Doña Prisca.—¡Don Mucio!

Don Mucio.—Si tiene usted que nombrar a mi hija—¡y más ale que no la nombre!—, diga la señorita Cortadell, hija de on Mucio Cortadell; pobre, pero caballero... ¡Pues hombre!... Y en cuanto a eso de ñosca, acepto el calificativo. Porque sig-ıifica, en este ambiente, timidez arisca, que puede traducirse por ıonradez ingénita. En cuanto a su niña...

Doña Prisca.—¿Qué tiene usted que decir?

(La Campitos, en unión de la Fontecha, se trae una juerga de risas y retozo, con Muelita y Graciano, que no hay más que bedir.)

Don Mucio.—¡Doña Prisca!...

Doña Prisca.—¡Don Mucio!...

Don Mucio.—*(Conteniéndose.)* Mire usted, señora tengamos la fiesta en paz, porque voy a perder los estribos, y ahora sí que nos van a echar del escenario.

Doña Prisca.—Baza mayor quita menor. Me aguanto.

Graciano.—*(A Roel.)* Vámonos.

Roel.—¡Esta doña Prisca es disolvente!

ESCENA VI

Dichos y MATARÓ.

MUELITA.—Ya está aquí Mataró.
ROEL.—¿Podemos quedarnos?
GRACIANO.—¿Hay permiso?
MATARÓ.—A los de casa, sí.
GRACIANO.—¡Albricias!
LA CAMPITOS.—¿Ves tú?
MATARÓ.—*(Mandando callar.)* ¡Chito todos! *(A don Muci aparte.)* Don Mucio...
DON MUCIO.—¿Qué quieres?
MATARÓ.—Emma...
EMMA.—*(Acudiendo.)* ¿Qué pasa?
MATARÓ.—*(De prisa y muy recalcado.)* Notición de órdago a grande... Me ha llamado el negro para decirme que ha visto Emma bailar en el sainete. Estaba en un palco, entre cortinas. Dice que la chica tiene madera de estrella coreográfica... Qu él entiende un rato largo de eso. Total, que quiere conocert Emma. *(Emma da un grito.)* No hay que asustarse, niña. Y usted, don Mucio, le quiere dar unos consejos y proponerle u negocio... Que sea enhorabuena. Yo, más callao que el tío Sie rra, hasta ver en qué para esto, que pa eso soy amigo. De mo y manera que hacerse los visibles, pa que él los guipe en cuan to se presente, que va a ser ya mismo. Estoy viendo un Niá gara de billetes, don Mucio... No digo más. *(Vase. Padre hija, atolondrados y suspensos, se miran un momento sin hablar.*

ESCENA VII

Dichos, menos MATARÓ.

DON MUCIO.—*(Reponiéndose de la impresión y muy conmovi do.)* ¡Bonita mía!—¡Cuántas veces me has oído decir: "Un día vendrá"!... Bueno, pues ya ha venido el día, ya está ahí.. ¡Qué noche tan larga!... ¡Alégrate, corazón!
EMMA.—*(Trémula.)* ¡Papá!...
DON MUCIO.—¿No te alegras?
EMMA.—¡Por el cielo, papá, no me obligues a saludar al negro! ¡Es superior a mis fuerzas, te lo juro!... Me muero de asco y miedo sólo de pensarlo...
DON MUCIO.—*(Indignado y atónito.)* ¡Qué locura!... No hagas que me enfade, niña... ¿Qué tiene un negro más que un blanco?... Los momentos son decisivos. ¡Ay del que desprecia la fortuna cuando una vez se presenta!... *(Desesperado.)* ¡Te con-

o, Emma, a que me obedezcas!... Lo hago por tu bien. Yo, a mí nada quiero, ¿lo oyes?, me sobra todo... ¡Me quisiera rir!... ¡Eso!

EMMA.—*(Asustada.)* ¡Papá, no te pongas así!... Haré lo que mandes...

DON MUCIO.—*(Transfigurado.)* ¿De veras?

EMMA.—Pero deja que se me pase el sobresalto...

DON MUCIO.—*(Enternecido.)* ¡Niña mimada, tontuela!... Ven uí, pava espantadiza. ¿Qué pierdes con saludar atentamente un hombre fino y correcto? ¿Te va a comer?... ¿Qué importa color?... ¡Es un artista!... ¿Qué mejor salvoconducto para ti?

EMMA.—Ya te digo que haré lo que me mandes.

DON MUCIO.—Lo primero, disimular esa estúpida aversión. No quieres ser cómica? Pues a probarlo un ratito. Te saluda ; tú correspondes con una sonrisa ingenua. Te da la mano; le abandonas la tuya, suave y linda... Y aquí viene de per- s decirte, paloma torcaz, como padre y como hombre corrido, ie no está mal, ni merma tu pudor, que se la aprietes un po- uito... Un poquitín nada más. *(Mirándola de hito en hito.)* ¡No e contraríes. Emma! Otra cosa, sería chuparse el dedo.

MATARÓ.—*(Acercándose vivamente.)* ¡Viene!...

EMMA.—¡No! *(Vase corriendo.)*

DON MUCIO.—¡Chiquilla!... ¡Emma!... *(Vase tras ella.)*

MATARÓ.—¡Tonta perdía!

(Oyense rumores de conversación del lado de la izquierda. Vo- es que dicen: "¡Al público, al público!" Todos se vuelven con uriosidad esperando la llegada de Peter y su pareja.)

MUELITA.—¡Es aquél!

LA FONTECHA.—¡Vaya un mozo!

GRACIANO.—¡Qué bien le cae la ropa!

LA CAMPITOS.—A mí que no me digan... Los negros están me- or formados que los blancos.

ROEL.—¡Cuánta gente en el pasillo!

MUELITA.—Los Villedo, don Virginio...

GRACIANO.—¡Mira la Olmos!

MUELITA.—Está guapa de veras.

ROEL.—¡La pegaba un bocado...!

LA CAMPITOS.—¡Ya están aquí!

DOÑA PRISCA.—¡Apártate, niña!

MUELITA.—¡Esa es la Ginette!

GRACIANO.—¡Ni que fuera Sarah Bernardt!

ESCENA VIII

Dichos. PETER, *impecable de distinción, orquídea en el ojal,* GINETTE, *radiante de belleza y* toilette. *Les aplauden, y salud cortésmente.*

GINETTE.—*(A Peter.) Vous dites?*

PETER.—*C'est madame Mersedes Olmos, la grand comedien espagnole.*

GINETTE.—*Oh, quelle superbe femme!*

MATARÓ.—Míster, ¿qué le parece el escenario?

PETER.—*Parfait!... Very well!... Très bien!*

MATARÓ.—¡Al toro, que es una mona! *(Levanta la cabeza grita a los del telar.)* ¡Eh, tú, Cañamón!

CAÑAMÓN.—*(Desde el telar.)* ¿Qué?...

MATARÓ.—Baja un poco la primera diabla... Más... Un poqu to más... ¡Ata!

ROEL.—*(Por Ginette.)* ¡Valiente jaca!

GRACIANO.—Es cisne y azucena, penacho de ola y espuma champagne.

MUELITA.—¡Qué bien huele!

ROEL.—A Houbigant, a éter y a drogas estupefaccientes.

GRACIANO.—Tú dame un centímetro de su epidermis, y te di el jabón que gasta y si usa leche de Ninón.

ROEL.—Tú dámela entera y déjate de olorcillos... Es una "m muacel" descacharrante, y na más.

GRACIANO.—¡Plebeyo!

MATARÓ.—¡Eléctrico!... ¡Moñitos!...

MOÑITOS.—*(Dentro.)* ¡Presente!

MATARÓ.—¡Prevenidos los focos! ¡La batería en resistencia!. Orquesta, ¡vamos!

PETER.—*(Viendo venir a* EMMA *y a* DON MUCIO.) *Pardon! (S dirige a ellos.)*

MATARÓ.—¡Un momento!

ESCENA IX

Dichos. EMMA *y* DON MUCIO.

EMMA.—*(Que ve con espanto acercarse a Peter.)* ¡Papaíto!

DON MUCIO.—*(Bajo y rápido.)* ¡No me pongas en ridículo!

PETER.—*(A Mataró.)* ¿Esta es la señorita?

MATARÓ.—La misma... Don Mucio, aquí, míster, quiere hace changa con ustedes. ¡Al avío! *(Los deja.)*

PETER.—*(Embobado con la contemplación de la muchacha. Charmante!... (A don Mucio.)* Luego, cuando acabe el baile venga a mi cuarto. Yo quiero parlar con osté largo e tendido.

DON MUCIO.—Entendido.

ER.—*(Como en éxtasis.)* ¡Oh, la señorita!... *Beautiful!... isse!...* Yo la he visto resién, en el *avant-scéne,* yugar su e bailarina... ¡Cómo ha bailado en la petipiesa!... *Superbe, ante, epatante!... Croyez-moi, mademoiselle. (Le rodean y todos con viva curiosidad. Se dirige a todos.)* Yo estima o como se baila en Madrid. Todo estirado, ceremonioso, ero... *Comment dit'on?...* L'agarrao, *n'est pas?...* ¿Non se cosí: l'agarrao?

TARÓ.—Usté es un castizo, míster.

ER.—Grasias, ninchi. *(Carcajada general.)* ¡Oh, yo ser maío honorario!... Yo conoser Madrid más de la cuenta. *(A a.)* Como iba disiendo, usted tiene nela... nela... *jambe...*

N MUCIO.—Pierna.

ER.—*Very well!...* ¡Pierna!... Nela sintura, una *veritable* o. Usté sería una auténtica *étoile mondial. All right!...* Yo dichoso de poderla dar una *petite* lesión, de aprenderla tética de la dansa, ¡belo e grande arte! *(Oyese tocar en la esta un vals moderno.) Ecoutez-vous* la orquesta? *Faite-le plaisir, mademoiselle? (La invita a bailar, con un gesto ado. Emma le mira aturdida.)*

N MUCIO.—Anda, niña.

TER,—Entréguese no más en mis brazos... *Oh, quelle joli r!... Venez!... Attention!... (Emma se deja llevar, medio anecida. Bailan.)*

ATARÓ.—¡Olé!

RACIANO.—¡Bravo!

UELITA.—¡Quién lo diría!

mma da un grito desgarrador y, con sorpresa de todos, cae sentido.)

UELITA.—¿Se ha puesto mala?

lcuden todos.)

ON MUCIO.—¡Hija!

a levantan del suelo.)...

ATARÓ.—¡Se ha desmayao!

A CAMPITOS.—¡La muy pasmá!

uenan los timbres.)

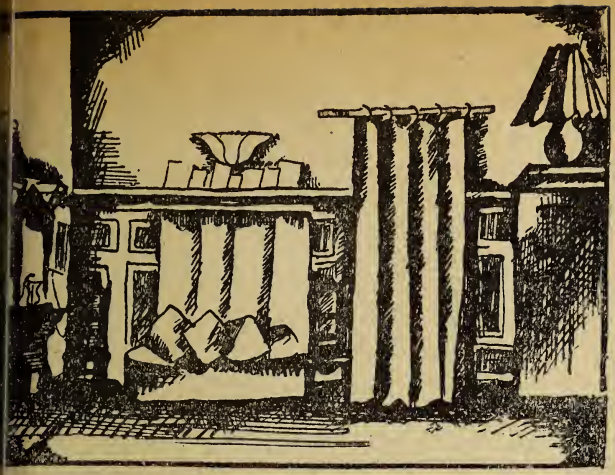
ATARÓ.—¡A empezar, a empezar!... ¡Fuera de escena!

Se llevan entre todos a Emma desmayada. La pareja de baiueda sola en medio del escenario.)

ETER.—*(Muy triste.)* ¡Qué lástima!... Tiene miedo... La posita tiene miedo...

Alzase el telón. Un gran aplauso recibe a los artistas. Peter inette, de espaldas al público verdad y de frente al imagiio, saludan a éste. Dos focos potentes les iluminan. Del susto público no se ve nada. Fuera de los focos, todo es negro.)

TELON



TERCERA JORNADA

le PETER WALD en el teatro del Sainete. Sillería elegante y moder-
Se advierte que DON NARCISO, el empresario, ha echado el resto por
gnamente al famoso bailarín. Flores por todas partes. Retratos de ce-
:s de *variétés* encima de los muebles. Entre los retratos y en lugar
te está el de LUIS NONELL con su cajón de betunero. Puerta al foro.
a puerta a la izquierda. En la derecha, una ventanita cerrada.

ESCENA PRIMERA

*levantarse el telón, se supone que ha terminado el espec-
y se oyen, amortiguadas por la distancia, las aclamacio-
l público juntamente con los comentarios de las personas
agolpan en el escenario y los pasillos. Entra primero* DON
SO; *luego vienen* MUELITA, GRACIANO, ROEL, LA CAMPITOS,
NTECHA, LA OLMOS, MATARÓ, *etcétera. Entre ellos se abre*
PETER, *precedido por* ROLOWITCH, *gigantesco criado pola-
trás viene* GINETTE. *Han de aparecer conforme marca el
o.)*

NARCISO.—*(Entrando.)* ¿Eh, qué tal?
OS.—¡Bravo, bravo!
n Narciso brinca de alegría.)

MUELITA.—¡Enhorabuena, don Narciso!

DON NARCISO.—Gracias. *(A los actores.)* Pasen a su Peter quiere conocer a los artistas de la compañía. Es mu pechano.

(Entran las actrices hablando todas a un tiempo. Muc mación.)

GRACIANO.—Hay un mundo de gente en el escenario.

DON NARCISO.—Pues ya no hay teatro para mañana. L todo vendido.

ROEL.—Se va usté a hacer de oro.

MUELITA.—El tío de la suerte.

PERA.—*(Mirando al pasillo.)* No lo dejan llegar...

MUELITA.—Lo estrujan...

ROEL.—¡Ni Belmonte!

GRACIANO.—*(Intrigado.)* Pero si a este Peter lo he v en París...

LA OLMOS.—*(Entrando entusiasmada.)* ¡Qué manera lar!... ¡Qué maravilla!

MUELITA.—¿Qué hay, Merceditas?

GRACIANO.—¿Le gusta?

LA OLMOS.—Gustarme es poco. Me trastorna.

ROEL.—A mí, la franchuta me tiene dislocao.

GRACIANO.—La francesa es cosa mía.

ROEL.—¿La tienes flechaíta?

GRACIANO.—La castigo.

MUELITA.—Mariposón.

ROEL.—¡Quién fuera guapo como tú!

LA CAMPITOS.—El que me hace tipitín es el negrito.

PERA.—Pero está culotao...

LA CAMPITOS.—De gloria.

LA OLMOS.—*(A don Narciso.)* ¡Qué tango! ¡Qué vals tion... Pues ¿y el shimmy?

MUELITA.—¿Y el charlestón?

LA OLMOS.—¡Todo. todo!

DON NARCISO.—¡Ya vienen!...

(Entra PETER *y* GINETTE, *repartiendo apretones de man*

LA CAMPITOS.—¡Qué tío!

ROEL.—¡Vaya una tía!

PETER.—*¡Mersí,* señores, grasias!...

LA OLMOS.—*(A don Narciso.)* Preséntememe usted.

PETER.—*(Inclinándose.)* No hase falta. ¿Quién no conos gran actris española? La admiraba cuando sólo la pres ¡Viva España!... *Hurra! (La besa la mano.)*

LA OLMOS.—*(Conmovida.)* Un gentleman... Todo un cab

PETER.—Soy dichoso de tener en mi camerino los artis la Compañía. Todos somos hermanos en el arte. *Je suis c All rigcht!* ¿Y usté, don Narsiso?

La Olmos.—¿Está usted contento?

Don Narciso.—Como un potro suelto, que relincha de gusto.

La Olmos,—Lo que es conocerse.

Don Narciso.—*(A Peter.)* Estoy orgulloso porque ha bailado usté en las bambalinas de mi teatro.

(Ginette es el centro de atracción de otro grupo. Graciano la acapara, hablándola en francés.)

Ginette.—*Je suis raví, monsieur. C'est charmant votre public madriléne... Tout'a fait charmant... Je suis raví!...*

Graciano.—*Mais le public parisién...*

Ginette.—*Moins chaud que le votre, croyez-moi.*

Roel.—*(A Graciano.)* ¿Qué dice?

Graciano.—*(Irónico.)* Que le gustas estrepitosamente.

Roel.—¡Anda éste! Si te figuras que no entiendo el franchute... dice que el público español aplaude que da gusto. Dila que es según, pero que ella se merecía más...

Graciano.—Hombre, díselo tú... No pretenderás que le haga el amor por ti...

Roel.—¡Si te creerás que no me atrevo! *(A Ginette.)* Madan... Bus dansés epatanteman... Bus etes tres choli... Bus..., bus... Bueno. ¡Me gusta usté un rato largo, como de aquí a París!

Ginette.—*(Tendiendo a Roel los brazos desnudos.) Venez, que je vous embrasse! (Le estampa un gran beso en la boca.)*

Roel.—*(Sofocado.)* ¡Rechufa!

Graciano.—*(Despechado.)* Se burla de ti, tonto.

Ginette.—*(Como si tradujera por intuición.) Non!... Non!... J'adore la tête de monsieur... De monsieur?...*

Pera.—Roel... *(Desde este momento, Ginette y Roel no se separan el canto de una uña. Risas contenidas, comentarios.)*

Muelita.—*(A Graciano.)* ¿Has visto? Es una golfa.

Pera.—Mi más sentido pésame.

Graciano.—Una hetaira vulgar... *Une fille!...*

La Olmos.—*(En el grupo de la izquierda.)* Hasta mañana, Peter. Esta noche voy a soñar con usted.

Peter.—¡Cuánto me gustaría darme cuenta!

La Olmos.—¡Pícaro!

Muelita.—*(A Graciano.)* Lo pescó. Esta Olmos es una gran coleccionista.

Pera.—*(Aparte a don Narciso, muy conmovido.)* Don Narciso... Acaba de decirme Mataró que me ha subido usted un duro de sueldo... ¿Es verdad, don Narciso?

Don Narciso.—Desde la nómina que viene, amigo Pera.

Pera.—¡Qué alegría! ¡Gracias, don Narciso! Estoy que bailo de gusto. No hay nada como el baile. Las comedias están llamadas a desaparecer. El público no quiere dramas... Ahora el *ballet,* el *jazz-band,* los rusos, los negros... Usted tiene pupila... ¡Viva Peter! ¡Viva el empresario!... Lo que es el arte, don Narciso.

DON NARCISO.—¡Lo que es un duro, amigo Pera!

LA CAMPITOS.—*(A Peter, en el grupo de la izquierda.)* ¿Me dará usted una postal?

LA FONTECHA.—¿Y a mí?

LA CAMPITOS.—¿Firmada?

PETER.—*(Estrechando manos.)* A todas, a todas...

GINETTE.—*(Llevándose a Roel hacia su cuarto.) Venez, mon chéri; mon petit you-you!*

ROEL.—*(Dejándose llevar enajenado.)* ¡Ay, su yu-yu! *(Hacen mutis por la puerta de la derecha.)*

DON NARCISO.—*(A todos.)* Bueno, bueno. Míster Peter tiene que descansar. A casita, a casita. *(Van despidiéndose todos.)*

PETER.—No se despida usté, míster Lope de Muela.

DON NARCISO.—Quiere que le acompañes al cabaret.

MUELITA.—Con mil amores.

DON NARCISO.—Aquí el amigo Muelita, que es un técnico en mujerío, le guiará por el Madrid galante y noturno. *(Guiñando el ojo.)* Pero ojo, niño, que tiene que bailar mañana. Cuidao con mis intereses. *(Ríen.)*

PETER.—*Au revoir,* don Narciso! *(Vase don Narciso.)*

ESCENA II

PETER, GRACIANO, MUELITA, ROLOVITCH *y* MATARÓ, *que permanece indeciso en la puerta del cuarto, sin saber si irse o si quedarse.*

GRACIANO.—¿Y yo?

PETER.—Hágame el plaser de venir con nosotros, señor Grasiano Chacón.

GRACIANO.—*(Sorprendido.)* ¿Me conoce usted?

PETER.—Mocho...

GRACIANO.—¡Cosa más rara!

PETER.—*(Descubriendo a Mataró.)* ¿Qué hay Mataró? Entra, ninchi. Rolovitch.

ROLOVITCH.—*(Adelantándose rígido.)* Monsieur.

PETER.—Sirve a estos señores. ¿Qué quieren ustedes? ¿Jerez? *¿Whisky?...*

MUELITA.—Yo quiero Jerez.

GRACIANO.—Yo, *whisky?...*

PETER.—*Very well.* Rolovitch, *whisky and soda.* Ahí tienen ustedes sigarros *(Rolovitch abre una caja.)* Con permiso. *(Habla aparte con Mataró.)*

GRACIANO.—Pero, señor... ¿Dónde he visto yo a este negro? ¿En París? ¿En Buenos Aires?... ¿Dónde?

MUELITA.—El mismo te descifrará la charada. *(Encienden los cigarros. Beben y fuman.)*

PETER.—*(A Mataró.)* ¿Y la niña?

MATARÓ.—¿La Cortadita? Abajo, en el foso, la tiene usté... en el cuartucho donde se viste, que no caben tres en un zapato. Está muy nerviosa. De que le dió el patatús, no hace más que llorar...

PETER.—¿Y el viejito?

MATARÓ.—Esperando a que se calme la niña pa llevársela a la calle Toledo, al chiscón donde viven. Parte el alma, míster, echar el ojo a aquella pocilga. Con un triste duro que a él le ha quedado de renta, visten, comen y pagan la boardilla. Usté verá que no es pa echar coche. Y lo grande es lo que se quieren ese padre y esa hija. El la tiene en adoración como si fuera un relicario. Y ella, que no ha tenido más padre, ni más madre, ni más perrito que la ladre que su padre..., pues no ve más que por los ojos de ese rey de la belleza, que tiene tanto de honrao como de feo, y ya es decir en su alabanza. Don Mucio quiere que la niña sea cómica; pero pa mí que se le quite del torrao. No sirve.

PETER.—*(Apenado.)* Y serviría, Mataró... Serviría con unas pequeñas lecsiones para ser una estupenda bailarina. ¡Qué lástima!

MATARÓ.—Me río yo de las dificultades. ¿Tiene usté interés?

PETER.—Mucho.

MATARÓ.—Pues ande usté con ella.

PETER.—Me tiene miedo. La pobresita tiene miedo de mí porque soy negro.

MATARÓ.—Lo que es la modestia... ¡Vamos, hombre!

PETER.—*(Atónito.)* ¿Qué dises?

MATARÓ.—Que se le quite a usté del piso alto. ¿Ella asco de usté. ¡Nanay! ¡Pues no está usté poco escamondao!

PETER.—¡Mi color!...

MATARÓ.—¡Qué tiè que ver! Ríase usté de los peces de colores. Usté es un poco moreno, vamos al decir... Pero ¿y la pasta? ¿Y la mosca? ¿Tie color la mosca? ¡Ya lo creo que lo tiene! Amarillito y sonando a gloria. Esa es la única verdá de la vida: la pastizara. Lo demás es custión de asimilarse. Y la Cortadita se asimilará por la cuenta que le tiene. Usté es el amo de la luz divina, míster.

PETER.—*(Dolido.)* ¡Cállate, Mataró, que me hases daño! *(Queda pensativo. Pausa.)*

MATARÓ.—*(Rascándose la cabeza.)* Usté dirá lo que hago.

PETER.—Desirle a don Musio que venga a verme.

MATARÓ.—Bueno.

PETER.—Pero no esta noche. Esta noche que cuide a la pobresita. Está emosionada y no tiene más compañía que su padre. Rolovitch.

ROLOVITCH.—Monsieur.

PETER.—Acompaña al señor Mataró al cuarto de la señorita

Emma Cortadell. Te pones a la orden del señor don Musio y los llevas en mi coche, a él y a su hijita, a su casa, que es...

MATARÓ.—Toledo, cinco.

PETER.—Toledo, sinco. Hases el servisio y vuelves por nosotros.

MATARÓ.—Andando.

PETER.—*Parfait.* No quiero que la pobre niña vaya andando una distansia tan grande.

ESCENA III

PETER, GRACIANO *y* MUELITA.

PETER.—¿Qué miran ustedes?

MUELITA.—*(Con el retrato de Nonell en la mano.)* Esta foto.

PETER.—*(Sonriendo con melancolía.)* Un betunero.

GRACIANO.—Será un actor en un papel de betunero.

PETER.—Es un betunero verdad. Fué para mí un corasón de oro y guardo su retrato como una reliquia santa. Vestido de rey no valdría para mí más que vestido de betunero.

GRACIANO.—¡Peter!

PETER.—Me miran ustedes un poco asombrados. Encuentran en mí algo extravagante, ¿verdad?

MUELITA.—Mucho.

PETER.—Pues bien, amigos míos; quiero abrirles mi corasón. *(Se sienta entre los dos.)* Esta noche tengo ganas de no haser el bailarín ni la comedia del yanqui acriollado. Quiero ser un hombre que habla sinseramente, con la máscara quitada. Pero lo que diga ha de quedar secreto entre nosotros, sin que se entere don Narsiso ni los chicos de la Prensa. Publicar mi verdadera condisión no conviene a mis negosios de bailarín.

MUELITA.—Nos tiene usted intrigadísimos.

GRACIANO.—¿Dónde demonios lo he visto yo a usted?

PETER.—Pasiensia. Lo primero que tengo que desirles es que yo no soy Peter Wald.

GRACIANO.—¡Hombre!

PETER.—Despasio. Peter Wald no es otra cosa que la descomposisión de un nombre y un apellido castellanos. Peter Wald, Pedro Valdés. ¿Comprenden ustedes? Yo soy Pedro Valdés, negrito cubano recriado en Madrid, con mucho amor por esta tierra y muchas heridas de Madrid dentro del corasón. Como las resibí cuando era niño, me duelen todavía... Por eso esta noche he trabajado como un negro y he sufrido y gosado como un blanco.

GRACIANO.—Interesantísimo.

PETER.—Y ahora, don Grasiano... ¿Es posible que no recuerde dónde me ha visto? Haga memoria, señor.

IANO.—Peter o Pedro: tengo la seguridad de haberle visto do... ¿Dónde?... ¿Cuándo?

R.—Yo le he puesto muchas veses el gabán, y le he sepi- le he limpiado las botas, y le he tenido la serilla en la para que ensendiera el puro.

IANO.—*(Estupefacto.)* ¿Usted?

R.—Cuando era "grun".

IANO.—¿En un hotel?

R.—No.

IANO.—¿Dónde?

R.—¡Parese mentira!

IANO.—¡He viajado tanto! Vamos a ver... ¿En qué mo- e daba la propina? Digo, perdone...

R.—*(Alegre.)* No importa: tutee, tutee.

IANO.—¿En qué moneda le daba a usted la propina? ¿Fran- ras, peniques, marcos?

ER.—Calderilla.

IANO.—¡Calumnia!

ER.—Calderilla fransesa; sueldos, séntimos... ¡Si lo recor- vo!

IANO.—¡En París!

ER.—Plase Pigal, "El Patio", cabaret español. Figúrese la : el gorro, los botones...

IANO.—*(Reconociéndole.)* ¡Pedrito!

ER.—¡Caramba! Grasias a Dios...

ELITA.—¡Estupendo!

ER.—¿Qué le parese a usted, amigo Muela?

ACIANO.—¡Vaya con Pedrito! Eres otro, chico... ¡Qué bar- ad!... Un botones... ¿Cómo había de identificarte? En aque- oca sólo llenaba mi cerebro D'Annunzio, Anatole France y Cavalieri.

TER.—Y para ubicarme a mí ha tenido que desplasarlos...

ACIANO.—Dame lumbre.

TER.—Como entonses. *(Le presenta el fósforo encendido. .)*

RACIANO.—Sin darme cuenta he vuelto a tutearlo.

TER.—Por atavismo. Como he sido su botones...

RACIANO.—Yo propongo que nos tuteemos desde ahora.

UELITA.—¡Los tres!

RACIANO.—¡Bravo!

ETER.—*Hurra!*

UELITA.—Así da gusto.

ETER.—*(Dándole cachetaditas cariñosas.)* ¿Con que eres tú, siano?... ¡No puedes imaginarte el goso que siento al tutear n blanco a quien he limpiado las botas!

RACIANO.—Y después de todo, Peter...

ETER.—Sé lo que vas a desir.

GRACIANO.—Adivina.

PETER.—¿Quién no es botones de quién? ¿No es eso?

GRACIANO.—Eres listo.

PETER.—¡Amigo de corasón, Grasiano!

MUELITA.—La vida es una botonadura.

GRACIANO.—¡Qué pensamiento tan filosófico!

PETER.—Pues allá van muestras. ¿Recuerdas "El Patio"?. barbas de Quinito?... ¿La guitarra de Cuenca? ¡Qué aquellos! Allí aprendí a bailar. Me enseñó una frans *grosse Niní... Mon premier amour!...* ¿Qué habrá sido d Allí tuve mi primer *sucsé de bailarín.* Eso tú no lo recu

GRACIANO.—Porque ya no estaba.

PETER.—Luego tuve que salir de "El Patio". Echaron d gadero al pobre Nonell por inútil y enfermo. Yo no podía donarlo... Era el primer blanco que, arrodillado ante m piaba mis botas. Sus manos se asemejaban a las mías. negro por la desgrasia, por el hambre, por la vida. Un como yo. Por eso fué mi hermano. Grasias a él soy Peter Asistió a mis primeros triunfos en Londres y Viena. Esta rido de muerte y yo le cuidaba como una flor de inver ¡Pobre Luis! Cuatro días antes de llegar a Nueva York en mi camarote... A media noche se paró el barco, abrió escotilla y por una tabla inclinada se deslizó su cuerpo... "¡paf!" al caer; pero un "¡paf!" humilde, como el de una que se arroja al agua... El barco siguió su rumbo. ¿Qui Nonell? Para el mar inmenso, nada... ¡Todo para mi cora Porque para mí no ha muerto... No me abandona... A ratos conmigo, y estoy seguro de que esta noche ha pasado serca

GRACIANO.—Fuera penas, Pedrito.

MUELITA.—Toma *whisky.*

PETER.—Es un desahogo... *Pardón.* No lo haré más... gría. *(Bebe.)*

ESCENA IV

Dichos y GINETTE, *vestida de calle, que sale de su cuarto—iz da de la escena—del bracete de* ROEL.

ROEL.—*(Radiante de orgullo y alegría.) Alón sanfán patri!*

GINETTE.—*Bonne nuit, Peter.*

PETER.—*A demain, cher amie.*

MUELITA.—*(A Roel.)* A ver si te birlan la pareja, tú.

ROEL.—*Sa será se tas un tallor.*

GINETTE.—*Venez, petit bombón! (Vase con Roel.)*

PETER.—*Ah, la Ginette! Elle a trouvé son béguin.*

MUELITA.—¿Qué es eso de begán?

GRACIANO.—Su capricho.

ESCENA V

PETER, MUELITA y GRACIANO.

PETER.—Dejemos a esos locos, y vamos a un asunto que me interesa bastante... Yo quisiera de mis buenos amigos Muelita y Grasiano, que me informaran bien en lo que voy a preguntarles. Se trata de personas del gran mundo. ¿Vosotros conoséis a la señora marquesa de Arensibia?... ¿A su nieta, Piedad?... ¿A su nieto, Néstor, conde de Virama? Seguro que sí. Yo tenía esta noche verdadero deseo de que me vieran bailar. No han venido. Me han dicho que viven en París, que el palasio de la Castellana está serrado... ¿Qué ha sido de esa gente? ¿Se arruinaron? *(Pausa. Graciano y Muelita se miran, perplejos.)* ¿No me desís nada?

GRACIANO.—Es delicado contestarte, Peter.

MUELITA.—Según el interés que tengas.

PETER.—Relativo nada más.

GRACIANO.—¿Los conoces?

PETER.—¡Claro!

MUELITA.—¡Cosa más extraña!

GRACIANO.—¿Qué te importa ese condesito?

MUELITA.—¡Valiente púa!

GRACIANO.—*(Sin atreverse.)* Ese Virama...

PETER.—¿Qué le pasa a ese Virama? ¿Es algún *souteneur*, algún *escroc?*

GRACIANO.—La verdad por delante, Peter. Es un chulo y petardista, como decimos por aquí.

MUELITA.—Su abuela, la vieja marquesa de Arencibia, está casi arruinada por evitar el suicidio o la prisión del Conde.

GRACIANO.—El palacio de la Castellana tiene dos hipotecas aplastantes.

MUELITA.—Y a tal punto han llegado los escándalos, que han tenido que irse de Madrid.

GRACIANO.—Porque la niña, la hermanita, la célebre Piedad de Arencibia, casada con el marqués de Yéboles, ha salido una...

PETER.—*(Poniéndole los dedos en los labios.)* ¡Eso no!

GRACIANO.—¡Peter!

PETER.—*(Muy conmovido.)* ¡No lo digas!... Esa palabra que ibas a desir no me gusta para ninguna mujer. Me hase daño... Yo soy muy raro, lo comprendo. Tengo lástima de todo el mundo. *(Vacila. Extiende los brazos como buscando apoyo.)*

MUELITA.—*(Alarmado.)* ¿Qué es eso, Peter?

GRACIANO.—¿Te pones malo?

PETER.—No es nada... Yo soy así... *Pardon*... Ya se me pasa... *(Pequeña pausa.)* Ahora quisiera de vosotros un gran favor...

GRACIANO.—Habla,

PETER.—Quiero estar solo. Nesesito hablar un momento conmigo mismo... Me parese que mi hermano Nonell no anda lejos... ¿Por qué no me esperan ustedes en el cabaret del Kolossal-Palase? Voy en seguida.

GRACIANO.—Pero...

PETER.—*(Juntando las manos.)* ¡Lo suplico!

MUELITA.—Vámonos.

GRACIANO.—*(Al salir.)* ¿Qué te parece?

MUELITA.—Emocionante. ¿Y a ti?

GRACIANO.—Folletinesco. *(Mutis por el foro.)*

ESCENA VI

PETER.

PETER.—*(Absorto.)* ¡Ah, Néstor de Arensibia, amito cruel!... No quiere el sielo que te haga sentir toda la ira de mi corasón... No te puedo escupir el insulto a la cara... "¡Los negros no son gente!"... Yo, hijo de conga y de carabalí rayado, con mis patas negras de dansante, soy más caballero que tú con tus manesitas blancas de *cocotte, apache*... "¡Los negros no son gente!"... Y tú, amita Piedá, hermanita de cuna, de nido..., ¿por qué caiste en el fango? "¡Los negros no son gente!"... Esta noche una niña madrileña se ha desmayado de horror en mis brasos al ver mi rostro de serca... "¡Los negros no son gente!"... ¿Cómo olvidar mi piel? *(Pausa. Se serena, se yergue y toma la copa de whisky.)* ¡Ea, a vivir!... ¡Viva la vida!... Como dijo Nonell, y se estaba muriendo... *(Bebe. Oyese un leve ruido. Un brazo desnudo de mujer asoma por las cortinas de la puerta del cuarto de Ginette. Peter lo mira, asombrado.)*

ESCENA VII

PETER *y* LA CAMPITOS.

LA CAMPITOS.—¿Se puede?

PETER.—*(Adelantándose y besando la mano.)* Miss... Señorita...

LA CAMPITOS.—*(Con fingida turbación.)* Iba a salir... Vi luz en el cuarto de Ginette... Entré por curiosear el tocador—¡cosas de mujeres!—y he notado que estaba usted todavía... ¿Verdad que soy muy loca?

PETER.—Linda no más.

LA CAMPITOS.—¿Y muy valiente?

PETER.—Mucho: cuando se atreve a entrar solita en la cueva del negro...

AMPITOS.—¡Qué miedo!
.—¿A usté no le dan pánico los negros?
AMPITOS.—A mí no me asustan ni los miuras. ¡Con lo ar-
e es usted! Me pasaría media vida viéndole bailar.
.—*Thanks! Mersí!* Quiero desir, grasias.
AMPITOS.—¡Ah, bueno!
.—Linda melenita... ¿Se puede tocar?
AMPITOS.—Se puede tocar. *(Peter hunde los dedos en el
la Campitos.)*
R.—¿Se puede besar?
AMPITOS.—*(Retirándose.)* Eso no.
R.—*(Reteniendo una mano.)* ¡Qué mano más bonita! Es
no muy rica. *(Contando las joyas.)* Esmeraldas, brillantes,
y una perla gris.
AMPITOS.—La otra lo es menos.
R.—A ver. *(Tomando la otra mano.)* Solo tres sortijas:
sadera, un rubí y un topasio.
AMPITOS.—¿Qué quiere usted? Son regalos de mi tío Fer-
e mi padrino, de mi hermano... Si yo tuviera algo, pero
ic, para este dedo que me falta...
R.—*(Acariciándole la mano.)* ¡Pobre dedito huérfano!
CAMPITOS.—Así lo llamo yo.
R.—Hase falta la *bague,* la sortija número ocho, para este
dedito...
CAMPITOS.—*(Enternecida.)* ¿Verdad que sí? Yo he visto
R.—¿Dónde?
CAMPITOS.—En una joyería de la calle del Príncipe.
R.—¿Número?...
CAMPITOS.—Doce.
R.—*Bon.*
CAMPITOS.—*(Asustada.)* ¡Viene gente!
ER.—Mañana a mediodía me daré una vueltesita por la calle
rínsipe...
CAMPITOS.—¿Número?...
ER.—Dose. *(Vase La Campitos. Apágase de pronto la luz.)*

ESCENA VIII

PETER; *a poco,* LA OLMOS, *por la ventana.*

ER.—*(A obscuras.)* ¿Apagaron?
OLMOS.—*(Dentro.)* Es un aviso, Peter. Es el electricista
eatro que quiere marcharse. Patro: dile a Moñitos que dé
que estoy probándome un vestido. Aprisa... Un momento
más...

PETER.—*(Encendiendo un fósforo.)* ¿Quién me habla?

LA OLMOS.—La Olmos.

PETER.—¿Desde dónde?

LA OLMOS.—Desde mi cuarto. Está pegadito al suyo. *golpecitos.)* Un tabique nada más de por medio. Corra pestillo de ese lado. *(Peter quiere obedecer, pero se le fósforo.)*

PETER.—Me he quedado a obscuras. *(Encuentra a ti pestillo y lo descorre.)*

LA OLMOS.—¿Ya?

PETER.—*(Abriendo la ventanita.)* Ya está. *(Vuelve la la rece* LA OLMOS, *inclinada de pechos en la ventana. Está La muy felina está envuelta en un indiscretísimo peina permite apreciar la semi-desnudez de su busto. Fuma un*

LA OLMOS.—Buenas noches, amigo Peter.

PETER.—*(Galante.)* Dos veses ha vuelto la luz.

LA OLMOS.—Es una diablura la tal ventanita, ¿verdad? cerrado para prepararle a usted su *camerino;* pero yo es biando por abrirla...

PETER.—*¡Epalánte!*

LA OLMOS.—¿Quiere usted decirme qué hace tan solito

PETER.—Estoy esperando el coche

LA OLMOS.—Dichosa oportunidad para que charlemos un do como buenos vecinos. Esta ventana permite la cercar distancia, según se quiera... No puede usted imaginarse el to que descubro en esta comunicación. Es muy natural, parece?... Usted y yo nos ganamos la vida del mismo mo las tablas. Somos compañeros. Si yo valgo, usted vale. me buscan los hombres, a usted le buscan las mujeres. diferencia. Nos podríamos tratar de tú.

PETER.—¿Y el color?

LA OLMOS.—Lo dice usted con pena...

PETER.—¿No comprende usted la tragedia de mi colo sedes?...

LA OLMOS.—Querido mío, me habla usted en un idioma

PETER.—¿Qué dise?

LA OLMOS.—Que no entiendo. Si precisamente lo que canta..., lo que me fascina en usted es el color, Peter.

PETER.—¡Qué buena! Usted quiere consolarme. Sin em

LA OLMOS.—¿Qué le pasa a usted?

PETER.—Que yo quisiera saber esta misma noche, ahora hasta qué punto es invensible la repugnansia que a veses simos los negros.

LA OLMOS.—¡Qué locura!

PETER.—Diga, Mersedes...

LA OLMOS.—Diga.

PETER.—¿No ha sentido nunca esa repugnansia?

.MOS.—Jamás.
.—¿No admite usted que pueda sentirse?
.MOS.—Según. Pero no por cuestión de raza, sino de sen-
l. Es un misterio... ¿Por qué razón a mí, que soy curiosa,
ty curiosa, me dejan helada los hombres rubios? En cam-
tipo—créame usted, Peter—, mi tipo es el hombre more-
nto más moreno, mejor.
R.—Grasias, por la parte que me toca... Pero a nosotros
nan morenos por caridad o por galantería. No somos mo-
ino negros, y en los Estados Unidos nos linchan cuando
mitimos tocar a una blanca...
OLMOS.—En Madrid, no... Yo al menos no le lincharía a

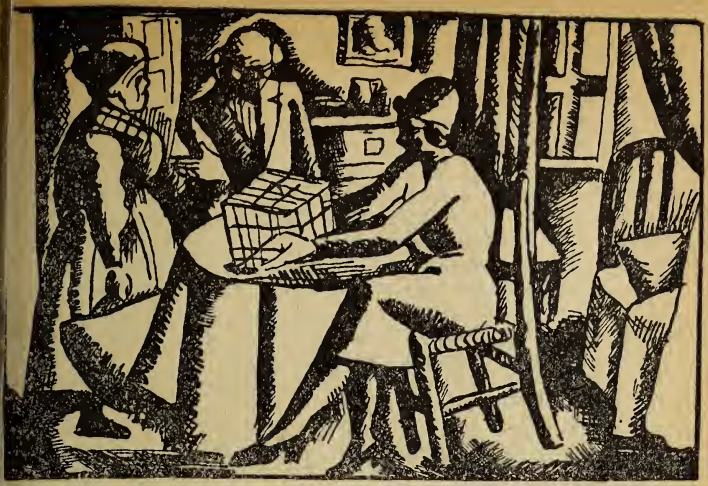
R.—¡Qué buena! *(Ligera pausa.)*
OLMOS.—¿Qué mira usted?
R.—*(Mirándola.)* Arriba, al sielo. ¿Y usted?
OLMOS.—Yo... Al abismo negro. *(Preséntase* ROLOVITCH *en*
ta del foro.)
VITCH.—*Monsieur.*
OLMOS.—Ahí tiene usted el coche. Hasta mañana, amigo

R.—Hasta mañana, Mersedes Olmos.
OLMOS.—¿Correrá usted el pestillo?
R.—*A demain,* señora Olmos. *(La Olmos ha cerrado la ven-*
Rolovitch ayuda a ponerse el gabán a su señor y sale a una
le éste.)

ESCENA IX

ER.—*Encore un cocotte, quoi!...* ¡Qué hastío de vida! ¿Dón-
ultaré mi tristesa?... ¿La Olmos?... ¡Bah! Desilusión anti-
... ¿La Campitos?... *Pauvre enfant cinique!...* ¡Pasearé solo
as calles solitarias!... ¡Ah, Madrid, Madrid!... ¡Cuánto te
y te amo!... ¡Qué hastío de vida!... Yo daría mis noches
tales, los dólares a miles, mis conquistas fásiles, la piel arran-
de mi cuerpo..., porque la virgensita rubia no me hubiera
lo con asco y espanto esta noche... ¡La virgensita blanca, de
blanca también!... ¡Qué hastío de vida! *(Vase.)*

TELON



CUARTA JORNADA

Bohardilla de Don Mucio. La única pieza de que se compone la vivienda es, a un tiempo mismo, alcoba, comedor y sala de recibo. Al foro hay una gran ventana, situada casi bajo el alero del tejado, con unos cuantos tiestecillos con flores. El techo, en declive, afecta la forma del tejado. Una púdica sábana, a guisa de cortina, se interpone entre las míseras camas de hija y padre. Dicho se está que la mejor, dentro de la suma pobreza, es la de Emma. En el primer término de la izquierda está la puerta de ingreso correspondiente a la escalera. Se advierte, al lado de la puerta, un mísero chiribitil, que es la cocina, con un fogón desvencijado y cacharros y peroles con abolladuras y cicatrices beneméritas. Una tronera que hay en este lado envía directamente un gran chorro de luz sobre la hornilla. El mobiliario consiste en una mesa camilla, dos butacas y un sofá recubierto de yute; una cómoda de castaño y un espejo de esos que hacen las caras cortas o torcidas. Todo muy limpio. Sobre la camilla hay un quinqué; en las paredes, unos retratos, al *crayón*, de Don Mucio y su esposa, y en la ventana, un jilguero llamado *Dominguín* por la ternura de Emma. Son las primeras horas de la mañana. Emma duerme en su camita. La ventana está cerrada y todo aparece velado por las sombras. Hay luz únicamente en la cocina.

ESCENA PRIMERA

(Emma, *durmiendo. Oyese la llave girar en la cerradura y entra* Don Mucio. *Viene de la compra, con su gabán raído y su capacho. Al advertir que su hija duerme todavía entra de puntillas, deja el capacho en la camilla, sóplase los dedos, y luego de po-*

nerse un delantal y de barrer delante de la puerta, toma unas astillas, y con un papel de periódico arrugado comienza a encender el fogón.)

DON MUCIO.—*(Soplando sobre el papel y las astillas.)* Ajá... ¡Qué aromático es el tufo de un periódico quemado!... ¡Por vida del chápiro verde!... Esta condenada astilla no quiere arder ni a tres tirones. ¡Ay, Mucio, Mucio, qué mal te veo!... Un día de miseria, otro día de miseria, otro, otro, otro... Muchos días de miseria... Un año entero compuesto de esos días, otro año, otro, otro, otro... ¿Hasta cuándo, señor?

EMMA.—*(Desde la cama, un poco asustada.)* ¿Hablas solo, papá?

DON MUCIO.—*(Acudiendo a su hija.)* ¿Has despertado, hija mía?

EMMA.—No me gusta que hables solo. Me figuro que eres desgraciado, papaíto. No quiero que sufras.

DON MUCIO.—¿Sufrir yo?... ¡Vamos, vidita, que se te quite de la cabeza! Si hablo solo alguna vez..., es porque me cuento un cuento a mí mismo a ver si me hago gracia. Por lo demás...

EMMA.—Pues no me gusta... ¡Qué olor más feo, papá!

DON MUCIO.—Las dichosas astillas. ¿Quiéres que abra la ventana? Lo malo es que vas a tomar frío.

EMMA.—¡A ver! Pero con este tufo voy a tener dolor de cabeza.

DON MUCIO.—*(Indeciso.)* ¿Qué hago?... Mira, lo mejor es que te abrigues, ¿sabes? Yo te arroparé. *(Lo hace.)* De propina te echo mi gabán. Abro la ventana, entra la gracia de Dios, y en cuanto entre, cierro. *(Lo hace como lo dice. Un torrente de luz entra en la boardilla. Emma aparece escondida bajo una montaña de ropa.)*

EMMA.—¡Qué bueno eres, papita! Eres para mí padre y madre.

DON MUCIO.—No hables, mujer, que te puede entrar aire colado. ¡Qué buen amigo es el sol! ¡Con qué franqueza entra y lo calienta y alumbra todo! ¡Gracias, Febo! *(Tomando la jaula del jilguero que hay encima de la camilla.)* Hola, "Dominguín." ¿Cómo hemos pasado la noche? Te voy a colgar en tu mirador. *(Cuelga la jaula en la ventana.)*

EMMA.—¿Le has traído cañamones?

DON MUCIO.—¡Ya lo creo! Para eso nos sobra.

EMMA.—¿Has ido a la compra?

DON MUCIO.—Y he vuelto.

EMMA.—¿Qué has traído?

DON MUCIO.—*(Tomando el capacho.)* Abre el ojo.

EMMA.—*(Incorporándose en la cama.)* Trae acá el capacho.

DON MUCIO.—No te desabrigues.

EMMA.—Pues cierra.

DON MUCIO.—Ajajá. *(Cierra los cristales de la ventana.)*

MMA.—Tienes mala cara, papá.

ON MUCIO.—No es nada. Es que no he podido dormir...

MMA.—¡Pobre papá! Pues no creas, tampoco yo he dormido. por la mañanita me desquité... ¿Qué has traído?

ON MUCIO.—¡Phs, la miseria de siempre! ¿Qué quieres tú que compre con los catorce reales que nos quedan para la plaza?

MMA.—Anda, pues cosas... *(Curiosea el capacho.)*

ON MUCIO.—¡Que te vas a ensuciar las manos!

MMA.—*(Sorprendida.)* ¡Si me traes carne!

ON MUCIO.—Dos reales de recortes de vaca... De esos que dan en la tabla. Me los han despachado muy bien. Voy a ha- un guisito, ¿sabes?

MMA.—¿Huevos?

ON MUCIO.—Dos huevos cascados, que me han costado más atos por ese deterioro. Claro que no tienen clara; pero les dan las yemas. Te voy a hacer una tortillita.

MMA.—¡Y qué lechuga más fresca!... ¡Y castañas!

ON MUCIO.—Para postre.

MMA.—¿Pues qué más querías?

ON MUCIO.—¿Yo? Todo me es igual. Ahora que si hubiera lido subir para ti un cuarto de gallina o un par de perdices, parecería mejor...

MMA.—Yo no me quejo, papá. Soy muy dichosa. Por mí que e cien años nuestra pobreza, como tú dices

ON MUCIO.—*(Desesperado.)* ¿Y si me canso de soportarla?

MMA.—¡Ay, papá!

ON MUCIO.—*(Dominándose.)* Perdóname, niña. A veces se me el temperamento en una queja rebelde. Más vale no ahondar, s vale. ¿Quiéres el desayuno en la camita o vas a levantarte?

MMA.—*(Saltando de la cama.)* Me levanto. *(Llaman a la rta.)*

ON MUCIO.—*(Acudiendo.)* ¿Quién llama tan temprano? *(Deja capacho en la cocina.)*

ESCENA II

Dichos y la SEÑORA NIEVES.

ON MUCIO.—*(Abriendo la puerta.)* ¡Caramba, señora Nieves!

NIEVES.—Buenos días, don Mucio.

ON MUCIO.—Pase usted, señora, que hay corriente. *(Mientras blan Don Mucio y la portera, Emma se levanta, se viste, lava y ina. Unas veces a la vista del público, otras en un rincón de la ardilla.)*

NIEVES.—Venía para traerle "El Liberal", que se le ha caído en escalera cuando volvía del mercado.

Don Mucio.—Ni siquiera lo había echado de menos. ¡Si e mochales con mis cosas! Es mi único esparcimiento, la única que me permito en la compra. Se lo tomo todas las mañan cerillero del café de San Isidro.

Nieves.—Pues si usté me hace el favor de echármelo, cu lo lea, por el boquete de la escalera, se lo agradeceré mucho toy rabiando por saber en qué queda eso del esqueleto empar

Don Mucio.—Lléveselo usted desde luego...

Nieves.—No, no.

Don Mucio.—Sí, señora Nieves. Y favor por favor...

Nieves.—Diga usté.

Don Mucio.—Usted ya me conoce. Sabe usted que de puertas adentro hago los oficios de cocinera y de fregona. porque mi niña no se aje ni se estropee las manos con esta rra vida. Pero hay cosas que mi dignidad civil no me consi Por ejemplo: ¿cómo bajo yo la lata de los desperdicios a la tería? Si usted quisiera...

Nieves.—¡Vamos, hombre!... Traiga usté pa acá la lata. *cibe la lata de la basura de manos de Don Mucio.)*

Don Mucio.—Que Dios se lo pague.

Nieves.—Eso y to lo que usté quiera.

Don Mucio.—Pues mire usted, hay otra cosilla.

Nieves.—Usté dirá.

Don Mucio.—Anoche, al pasar por la portería, la vi a u con un pucherete de guiso y me dió en las napias un olor..., que muy salao. Yo le quiero regalar el pico a mi nena...¿Qu echa usted al guisillo?

Nieves.—Lo que todos: ajo, perejil, cebolla picada, una hoj laurel y un tomate.

Don Mucio.—¿Quién piensa en tomates? ¡Si están por las bes!

Nieves.—Pues compre usté uno suelto por tres perrillas. E que yo hago. Y si está abierto se lo dan a usté por una "p gorda".

Don Mucio.—Habla usted como un libro.

Nieves.—¿Ha traído usté castañas?

Don Mucio.—Para postre. Las voy a poner cociditas con car.

Nieves.—Póngale usté un puntito de anís. Les da mucha gra

Don Mucio.—Bajaré a buscarlo.

Nieves.—No se moleste usté. Yo le traeré unos granitos en papel cuando vuelva con la lata vacía.

Don Mucio.—Es usté la Providencia hecha carne de port

Nieves.—¿Pa qué está una? ¡Con lo que vale usté, señor M cio, y lo retebién que se explica! Usté debía estar en el Ay tamiento. El señor Natalio, el amo de la "tasca" de la calle

Ruda, ha sido dos veces concejal y es más bruto que usté, me-
rando lo presente.

DON MUCIO.—Gracias, señora.

NIEVES.—Se me olvidaba: eche usté al guiso unos granitos de
mino.

DON MUCIO.—¡Ya lo decía yo!... Los cominos. Eso es lo que
olía. Si la hojita de laurel me la sé de memoria. *(Vase la Se-
ora Nieves. Don Mucio cierra la puerta.)*

ESCENA III

EMMA y DON MUCIO.

DON MUCIO.—Nena... Emma, ¿estás vestida?

EMMA.—Pasa, papá.

DON MUCIO.—*(Colocando en la camilla una cafetera y unos
hurros.)* Aquí tienes el recuelo y unos churritos.

EMMA.—*(Desayunando.)* ¿No quieres?

DON MUCIO.—Tomaré un sorbo. Ya sabes que yo mato el gu-
anillo con una copita de Chinchón.

EMMA.—¡Cuidado con el aguardiente, papá!

DON MUCIO.—Es el champán de los tristes. *(Pausa.)* Hija de
i alma: esta noche has tenido una pesadilla... Ha estado la llu-
ia tan pesada... Se oía tanto el bramido del viento... Y eres tan
iedosa, que es natural. ¿Y qué soñaste?

EMMA.—Me pongo nerviosa sólo de pensarlo.

DON MUCIO.—Yo sentí un quejido tuyo. Algo así como un
alido pero tan hondo y lastimero que me levanté callandito, te
lamé, te tranquilicé, te arropé y me volví a la "piltra".

EMMA.—Y tú, ¿no soñaste?

DON MUCIO.—¡Anda!... Me he dado una panzada de viajes, ho-
eles, automóviles, banquetes..., que te juro que estoy hasta las
narices.

EMMA.—¡Qué miedo, paparrilín! Yo he soñado que veía un ne-
gro... No, un negro, no. Un mono, pero un mono espantoso, con
os ojos echando chispas y los dientes muy blancos... Quería co-
merme, papá... Era un mono tremendo... Muy grande. Tan gran-
de como el del anís.

DON MUCIO.—¡Y vuelta la burra al trigo!

EMMA.—No te entiendo.

DON MUCIO.—El mono sería Peter, como si lo viera.

EMMA.—No quiero engañarte. Me acosté pensando en él.

DON MUCIO.—¡Pero, hija, ni que tuviera lepra el infeliz!

EMMA.—No puedo remediarlo.

DON MUCIO.—*(Bajando la cabeza.)* ¡Qué le vamos a hacer!
(Pausa.)

EMMA.—¿Qué tienes, papá?

DON MUCIO.—Nada.

EMMA.—¿Se te saltan las lágrimas?

DON MUCIO.—Te digo que nada.

EMMA.—¿Me ocultas algo?

DON MUCIO.—*(Gravemente.)* Mira, hijita: me había jurado a mí mismo no decirte ni palabra. Yo soy un padre. Yo no soy un verdugo, ¡caray! Y como sufres nada más que con la idea de que se te acerque el negro...

EMMA.—*(Sin poder reprimirse.)* ¡Papá!

DON MUCIO.—¿Ves?

EMMA.—Habla.

DON MUCIO.—Tengo que hablarte o reventar. Escucha: anoche vi a Peter.

EMMA.—¡Jesús!

DON MUCIO.—Un elemental deber de cortesía. Tu padre es un hombre bien educado... ¡Caramba con la niña!

EMMA.—Sigue.

DON MUCIO.—Le di las gracias por el interés que se tomaba por ti. Lo tranquilicé por la *espantá* que le hiciste la primera noche. *(Gesto en Emma.)* ¿Qué querías? ¿Que le dijera que te morías de repugnancia sólo con mirarle?... Eso no es caritativo, hija de mi alma. Y si me aprietas, te diré que ni humano, ni decente...

EMMA.—*(Dolida.)* Está bien.

DON MUCIO.—No quiero lastimarte; perdona la viveza de la expresión, y sigo. Creo que calmé con habilidad sus escrúpulos. Entonces el hombre se me destapó y me hizo las proposiciones que vas a oír: te ofrece de sueldo cien pesetas diarias. Y nos pone en la mano, en concepto de anticipo, mil duros, a toca teja. En resumidas cuentas, hija mía: he quedado en contestar hoy mismo antes de las doce. Esta noche se marcha a París en el sudexprés, y quiere, si tú eres gustosa, que nos vayamos juntos en el mismo tren... Tú no eres una mocosuela sin fundamento; eres ya una mujercita juiciosa. Comprenderás que esto es para nosotros salir de las Hurdes para entrar en Jauja... ¿No es un contradiós?... ¿No es un crimen desaprovechar esta ocasión única?... Y por eso he hablado; pero pon debajo que no he dicho nada. *(Pausa; se pasea.)*

EMMA.—Todo eso está muy bien, papaíto... Todo eso estaría muy bien... si Peter no fuera negro.

DON MUCIO.—Bueno, haz lo que se te antoje. Hundámonos en la miseria hasta morir... *(Mostrándole una bota.)* Mira el calzado que lleva tu padre... Conocen la carne de mis pies las aristas de los adoquines, los charcos de las calle y las bocas de las alcantarillas; pero no importa... Se acabó... ¡Viva la bazofia, el brasero con tufo y el calzado roto!... ¡A la cocina, Cor-

tadell, que la lumbre se apaga!... ¡Galeote, al remo, al remo, al remo! *(Llégase al fogón, se arrodilla, y al avivar la lumbre, se llena la cara de ceniza y hollín. Pausa larga.)*

EMMA.—*(Conmovidísima, acercándose a don Mucio.)* Papá..., haré lo que me mandes..., lo que digas..., lo que ordenes... Bailaré con un negro..., con un oso... Como quieras... Pero no sufras. Eso sí que no, paparrilín mío... Dile que sí a ese hombre ahora mismo... No pierdas tiempo. *(Apoya la cabeza en el pecho paterno. Don Mucio, tembloroso, la ayuda a levantarse.)*

DON MUCIO.—*(Con mucha ternura.)* Vamos a la camillita, hija. *(Llevándola hasta la camilla y haciéndola sentar cariñosamente, procurando con maneras melosas que Emma olvide la violencia anterior.)* Perdóname, hija mía. Borra de tu imaginación esta escena...

EMMA.—Todo, antes que verte así.

DON MUCIO.—No te apures...

EMMA.—Si tienes razón, papaíto.

DON MUCIO.—¡Ea, ya pasó!... ¿Quieres agua?

EMMA.—Yo no puedo consentir que te sacrifiques por más tiempo. Ya sé, pobrecito mío, que para que no me faltase nada, cuando era niña, no has probado nunca la carne ni el pescado fresco... ¿Qué me vas a decir, si te conozco? Yo no tengo derecho a condenarte a esta vida... He sido una egoístona, lo veo claro. Pero de aquí en adelante no volverás a tener queja de mí...

DON MUCIO.—¿Lo has pensado bien?

EMMA.—No me vuelvo atrás.

DON MUCIO.—*(Feliz.)* ¡Estoy contento, qué caramba!... Pelillos a la mar y vida nueva... ¡Dame un abrazo, paloma mía!... ¡Ahora mismo, pero ahora mismito, nos vamos a largar de esta guardilla!

EMMA.—¿Ya?

DON MUCIO.—Claro está que seguiremos pagando los recibos a la señora Nieves... Este chiscón nos servirá de guardamuebles, para conservar como en un museo las reliquias íntimas de nuestro pasado. Pero nosotros volamos de aquí como pájaros de jaula.

EMMA.—¿No será muy precipitado?

DON MUCIO.—¿Olvidas que tenemos que salir de Madrid esta misma noche?... Nos queda poco tiempo. Hay que comprar maletas y un baúl... Ir al "Aguila" o al "Madrid-París"... Vestirnos. Claro que un poco aparentes nada más, hasta que en París nos hagan los trajes a la medida. A la hora de almorzar nos presentaremos, muy cogiditos del bracete, en un restorán de postín, para ponernos el cuerpo como el chico del esquilaor...

EMMA.—Gozo viéndote gozar.

DON MUCIO.—¡Ya era hora, ya!... *(De pronto pierde la tranquilidad y se inmuta.)* ¡Dios mío!...

EMMA.—¿Qué te pasa?

DON MUCIO.—Una ocurrencia terrible... De pensarlo sólo me he quedado sin pulso... ¿Se habrá vuelto atrás ese hombre?

EMMA.—¡Qué disparate!

DON MUCIO.—Tan acostumbrado estoy a mi perra suerte, que aun teniéndolo en la mano, me parece mentira. Tengo miedo. Lo primero que hay que hacer es firmar el contrato y coger las cinco mil pesetas. *(Llaman a la puerta. Sobresalto en don Mucio.)* ¿Llaman?

EMMA.—¡Qué niño eres!

DON MUCIO.—*(Acudiendo a abrir.)* ¿Será la portera? ¿Será...? *(Abre y entra Mataró. Queda la puerta abierta.)*

ESCENA IV

Dichos y MATARÓ.

MATARÓ.—¡Don Mucio!

DON MUCIO.—*(Descompuesto.)* ¿Pasa algo?

MATARÓ.—Peter se ha ido.

DON MUCIO.—¡Maldición!

MATARÓ.—Se ha ido porque tenía que irse. Le llaman con prisas de París, y, para ganar tiempo, ha salido pitando en el rápido de hoy por la mañana. Ahora mismito vengo de la estación...

EMMA.—*(Mirando desconsolada a su padre.)* ¡Se ha ido!...

DON MUCIO.—Ya lo ves, hija mía... El corazón me lo anunciaba...

"Flor que toco se deshoja,
Y en mi camino fatal
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja."

MATARÓ.—¿Qué está usted diciendo?

DON MUCIO.—¡Que hemos perdido el contrato de Emma!

MATARÓ.—Eso será si ella quiere.

DON MUCIO.—*(Volviendo a vivir.)* ¿Cómo, cómo?

MATARÓ.—¿La niña está conforme?

DON MUCIO.—¡Conformísima!

MATARÓ.—Pues esa es la chipén. ¡Viva la niña y el padre que la parió!... Porque usté es su padre y su madre en una pieza...

DON MUCIO.—Condenado Mataró, ¿quieres explicarte?

MATARÓ.—El negro, ¿sabe usté?, se ha ido con un interés de calentura por saber si la niña acetaba o no acetaba, ¿sabe usté?;

, antes de largarse, ha dejao el encargo a don Narciso de cerrar el compromiso con usté. Lo cual que el propio don Narciso me manda aquí pa notificarle que le espera a usté con el contrato en blanco y con la pastizara en la mano, que son cinco pápiros de a mil, que desvanecen... Ya lo sabe usté.

EMMA.—*(Gozosa.)* ¿Lo estás viendo?

DON MUCIO.—*(Respirando fuerte.)* ¡Qué susto me has dado, Mataró!... ¡Pero qué susto!

MATARÓ.—Porque es usté lila.

DON MUCIO.—*(Loco de júbilo.)* ¡Abrázame, hija mía!... ¡Un abrazo, Mataró!... *(Se vuelve, buscando a alguien a quien abrazar, y tópase con* LA SEÑORA NIEVES, *que entra, descuidada, con la lata y el papel del anís.)* ¡Un abrazo...!

NIEVES.—*(Sorprendida.)* ¿Se ha vuelto usté loco?

ESCENA V

Dichos y LA SEÑORA NIEVES.

DON MUCIO.—¡Hemos heredado, señora Nieves!... ¡Hemos heredado!

NIEVES.—*(Haciéndose cruces.)* ¡Santo Cristo!

DON MUCIO.—¡Se acabó la mala vida!... ¡Una patada a la miseria!... *(Poniéndose nerviosamente gabán y sombrero.)* ¡Vámonos, hijita! *(Emma se arregla vertiginosamente.)* Mataró, avisa un "taxi" y arrímalo a la puerta. Yo no ando ya ni de aquí a la escalera.

MATARÓ.—Voy. *(Vase corriendo.)*

NIEVES.—¡Quién lo diría! ¡Lo que es el mundo!... ¡Y yo, que venía tan ajena con la lata y el anís!

EMMA.—*(Besándola.)* ¡Señora Nieves!

DON MUCIO.—Dicho se está que, hasta nueva orden, me quedo con la boardilla. Puntualmente recibirá usted las mensualidades por giro telegráfico. Cuídelo y límpielo todo... *(Echándose mano al bolsillo.)* ¡Ah, no me acordaba del jilguero!...

EMMA.—*(Tomando la jaula, con extremos de cariño.)* ¡Dominguín!...

DON MUCIO.—Tome usted un duro, para cañamones.

NIEVES.—Hay pa un año.

EMMA.—*(Al jilguero.)* ¿Quién te quiere a ti, rico, precioso?...

DON MUCIO.—Ese amigo que acaba de salir entregará a usted, de nuestra parte, un regalo en metálico.

NIEVES.—¡Bendito sea Dios!

DON MUCIO.—¡Vámonos, hija!... ¡Adiós, rincón de penas!... *(Al retrato al* crayon *de su difunta.)* ¡Adiós, compañera mía!...

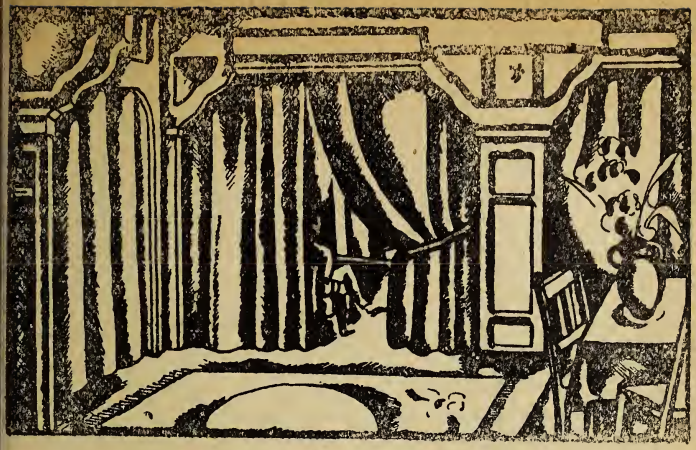
¡No nos abandones en nuestro viaje esta noche!... ¡Adiós, boardilla!... ¡Con dolor me arranco de ti, que es de corazones fuertes amar los lugares donde se ha sufrido!

EMMA.—*(Dejando la jaula en la camilla.)* ¡Adiós, Dominguín!

DON MUCIO.—*(Tirando de su hija.)* ¡Vente, nena!

EMMA.—¡Adiós, Dominguín!...

TELON



QUINTA JORNADA

La escena representa un antepalco sobre el salón de baile de un gran *cabaret* de París. En segundo término está situado el palco propiamente dicho con su barandilla, que inicia la forma de herradura en que aparecen dispuestos los palcos restantes. Todas estas localidades son corridas, separadas únicamente por cortinajes que, a voluntad del cliente, aíslan los palcos entre sí o el antepalco del palco, de suerte que lo mismo puede asistir al espectáculo que ocultarse en las intimidades de un reservado que se improvisa con un simple juego de cortinas. En el primer término del antepalco hay una mesa lujosamente servida, con cubiertos para seis u ocho personaes. Otras mesas y mesitas se descubren en las restantes localidades, cuando las cortinas están descorridas.

ESCENA PRIMERA

GRACIANO *y* MUELITA, *que entran, y el* MAITRE, *que va y viene.*

GRACIANO.—Diga, *maître.*
MAITRE.—*Monsieur...*
GRACIANO.—¿Es esta la mesa de míster Peter Wald?
MAITRE.—*Oui, monsieur. (Vase el Maître.)*
GRACIANO.—Siéntate, Muelita.
MUELITA.—Magnífico *cabaret.*
GRACIANO.—Es uno de los mejores de Montmartre.
MUELITA.—No hay nadie.

GRACIANO.—Es temprano. *(Fuman.)* ¿Te gusta París?

MUELITA.—Una burrada.

GRACIANO.—¿Y las revistas?

MUELITA.—Me encantan. Pero noto que roban demasiado a nuestros músicos... *(Graciano ríe de buena gana.)* No te rías. Roban demasiado.

GRACIANO.—¡Vaya con Muelita!

MUELITA.—¡Cómo pasa el tiempo!

GRACIANO.—El vulgo dice: "Parece que fué ayer", para indicar la brevedad de la vida, y, en efecto, vuelve uno la cara, y un año se ha convertido en un momento. Como si asistiéramos a la representación de una comedia en que el autor dijera entre cuadro y cuadro: "Ha pasado un año." Así se me figura que ha transcurrido el tiempo desde que conocimos a Peter Wald en el teatro del Sainete... ¡Y son catorce meses!

MUELITA.—Yo cierro los ojos, y veo a la Cortadita de meritoria, tan mona, tan remendadita y... ¡tan pava!

GRACIANO.—Pues hoy es una estrella que quita la cabeza.

MUELITA.—Milagros de Peter.

GRACIANO.—Como que su nombre se cotiza tanto como el del negro. Ya habrás leído que la Prensa parisina la consagra como *une grande e pure beauté espagnole*... ¡Quién se lo había de decir a don Mucio!

MUELITA.—¿Y cómo está don Mucio?

GRACIANO.—Tan telendo. Sigue tan feo como siempre, pero la nueva vida le ha hecho adquirir cierto aplomo mundano. Lleva bien la ropa, a pesar de lo birria que es.

MUELITA.—Por lo visto es el amo.

GRACIANO.—Es el gerente, el director y el verdadero déspota de la pareja artística. Todas las Empresas y Agencias internacionales de varietés se ven obligadas a entenderse con el viejo.

MUELITA.—Se quedarán con él.

GRACIANO.—Ni lo sueñes. El idioma de los números es universal. Y a don Mucio, lápiz en ristre, no le engañan... ni en Italia.

MUELITA.—¿Qué sueldo tiene Emma?

GRACIANO.—No hay sueldo. La pareja cobra un tanto alzado por contrato. Y deducidos los gastos, se reparten el líquido a tanto por ciento. Peter recibe el sesenta y los Cortadeles, el cuarenta. Esta gente nada en dólares, amigo Muelita.

MUELITA.—¿Es rico el negro?

GRACIANO.—¡Qué pregunta!... Peter es hombre de cuatro millones de francos. *(Asombro en Muelita.)* Estoy enterado por don Mucio, que parece que tiene a gala darle dentera a los amigos. Con decirte que han liquidado la última *tournée* por la Costa Azul con doscientos mil francos de beneficios... Da vértigo, ¿verdad?

MUELITA.—Ni Belmonte en el Perú. ¡Parece mentira que se
ıga tanto dinero moviendo las patas!
GRACIANO.—Y Homero murió sin una peseta, y yo, siendo
ıien soy, no tengo un dracma.
MUELITA.—Lo que a mí no me cabe en la cabeza es la gene-
ısidad del negro con la Cortadita... ¿Es su amante, quizá?
GRACIANO.—¡Qué disparate!
MUELITA.—¿Es tonto Peter?
GRACIANO.—Ni tanto así. Yo soy amigo de Peter, Emma y
ɔn Mucio, y observo con ojos de psicólogo... Con ellos puede
ɔmponerse una tragedia. Y si no, escucha. Primera persona
ramática, Peter. Es un negro enamorado de una blanca hasta
cogollo del corazón...
MUELITA.—¿Ves?
GRACIANO.—Segunda persona dramática, Emma. Es la blanca,
ɛ alma virgen, que por instinto, por sensibilidad, por fisiología,
ɛpele al hombre de raza enemiga.
MUELITA.—¿Y don Mucio?
GRACIANO.—Don Mucio es el Argos que vigila a su Andróme-
a contra todos los Perseos. En los entresijos de su alma, no
uisiera que su pimpollo, a quien adora con locura, bailase con
n negro. Pero si Júpiter se convirtiera otra vez en lluvia de
ro, no abriría el paraguas. Hay cosas superiores a la pater-
idad.
MUELITA.—Pero volvamos a los personajes principales.
GRACIANO.—Volvamos. Peter advierte la repugnancia invenci-
le de Emma y procura, muy humildemente, muy rendidamente,
ɔ mismo que los insectos fascinadores, anestesiar a su víctima.
Quiere envolverla en una tupida malla de atenciones, cuida-
os y desvelos. Pretende, en una palabra, hacerse perdonar, a
uerza de heroísmo, el color de su piel. Es descendiente de es-
lavos, y le tortura una atávica conciencia de inferioridad. Fi-
úrate un hipopótamo que quisiera ser cisne. Se mira al espejo
retrocede. Es humilde por esclavo y bueno por naturaleza. No
spira, espera. No ama, adora. Este es Peter.
MUELITA.—¿Y Emma?
GRACIANO.—Emma vive feliz en una nube. En una nube de oro
ue ha creado para ella la devoción de Peter. A fuerza de admi-
arlo, lo considera ya como algo humano. Yo no digo que le per-
one ser negro; pero me parece indudable que un sentimiento de
raternidad la va conquistando. Queda un cuarto personaje que no
ıe nombrado aún.
MUELITA.—¿Quién es?
GRACIANO.—Una serpiente de anillos invisibles que se enrosca con
llos todas las noches: el baile. El baile de ahora tiene un sentido
ɔrofundamente dionisíaco. Es armonía y desarmonía, embriaguez
le ritmo y movimiento... Hombres y mujeres son osos, patos,

lobos, reptiles y mariposas... El macho es señor y la hembra es clava, y en ciertos bailes aun más: verdugo el hombre y víctim la mujer. Este es el cuarto personaje del drama. Todas las noche junta y separa al negro y a la blanca... ¿Es grande su poder No lo sabemos. Yo veo a Emma, artista siempre, olvidarse d sí misma. Yo veo a Peter con el brazo en el talle de lo impo sible, estilizar su martirio. Yo veo a don Mucio, con sus cie ojos de Argos, vigilar en la sombra. ¿No es interesante?

ESCENA II

Dichos y NÉSTOR.

(Breve escena muda. NÉSTOR, *conde de Virama, entra descu dadamente en el antepalco, como esperando hallarle vacío. Not la presencia de Muelita y Graciano, y, desagradablemente sorpren dido, les mira impertinentemente de pies a cabeza y vase. Gra ciano y Muelita se han puesto de pie como por resorte. El aspect de Néstor es el de un hombre precozmente envejecido por un vida crapulosa.)*

ESCENA III

GRACIANO *y* MUELITA.

GRACIANO.—¿Has visto?

MUELITA.—Se va sin decir palabra.

GRACIANO.—¿Qué querrá este pajarraco? Porque venía buscan do a Peter...

MUELITA.—Sin duda.

GRACIANO.—*(Mirando al pasillo.)* Ni rastro.

MUELITA.—Nos ha conocido y ha puesto pies en polvorosa.

GRACIANO.—¿Qué misterio hay entre ese... sujeto y nuestr cándido angel negro? ¿Recuerdas la emoción tremenda de Pete cuando nos preguntaba en Madrid por la vida y milagros de es *tricheur?*

MUELITA.—Algún timo.

GRACIANO.—Hay que vigilarlo. *(Aclamación dentro. Música, vá tores, etc.)*

MUELITA.—¿Qué es eso?

GRACIANO.—*(Asomándose al palco.)* Peter y Emma.

MUELITA.—¡Cómo los reciben!

GRACIANO.—Son la actualidad.

MUELITA.—Son reyes.

GRACIANO.—Algo más: son estrellas... Son la moda y la glori

el tablado de variedades. Una llamarada de oro bajo la plata e mil voltios...

MUELITA.—Bueno; déjate de imágenes bonitas y vengamos a la ealidad. Yo necesito aprovechar el tiempo esta misma noche y te uego que me ayudes.

GRACIANO.—¿Y eso?

MUELITA.—Se trata de convencer a don Mucio para que acepte as proposiciones de don Narciso.

GRACIANO.—¿Para volver al teatro del Sainete?

MUELITA.—Dentro de quince días.

GRACIANO.—Tendrás que pasar por las horcas caudinas del viejo.

MUELITA.—Está durillo de pelar. Exige veinticinco mil pesetas or quince funciones y viajes para cinco personas. Se conoce que uiere vengarse de los desaires de don Narciso, cuando la niña ra meritoria.

GRACIANO.—Es muy humano.

MUELITA.—Don Narciso conocía mi viaje a París y yo he ofrecido mis buenos oficios.

GRACIANO.—¿Y qué sacas?

MUELITA.—Simpatías... Yo soy un grande agradador...

GRACIANO.—*(Dándole palmaditas cariñosas.)* De todos los Segismundos.

MUELITA.—¡Qué rico!

GRACIANO.—Ya están aquí.

ESCENA IV

Dichos, EMMA, PETER *y* DON MUCIO. EL MAÎTRE *y otros camareros les ayudan a quitarse los abrigos de pieles. Viene* EMMA, *resplandeciente de joyas, vestida de oro y con una capa con vueltas de armiño. El Maître y el Camarero entran y salen cuando conviene al diálogo. Entre Muelita, Emma y Peter—don Mucio un poco reservado—hay gran cordialidad, abrazos, apretones de mano, viva efusión.*

PETER.—¡Dame un abraso, Muelita!

EMMA.—¡Muelita!

DON MUCIO.—Señor Lope de Muela...

MUELITA.—Gracias a los tres por esta cariñosa invitación.

EMMA.—¿Qué menos?

PETER.—Hoy selebramos el primer aniversario de nuestra unión artística con una sena íntima. Es por eso que nos hemos acordado de ti, viejo Muelita.

EMMA.—Sabíamos por Graciano que había usted venido.

PETER.—Estás el mismo, caramba. No pasan días...

EMMA.—¿Y Madrid?

Don Mucio.—¿Cómo está Madrid?

Muelita.—Descacharrante, don Mucio.

Peter.—Tenemos que apurarnos para elegir el *menú*. Es *dancing* está *trés bien*. Hay un maestro en las cosinas que es primor culinario. *Ecoutéz, Maître. (Consulta aparte con Maître.)*

Don Mucio.—¿Y doña Prisca?

Emma.—¿Y La Fontecha?

Don Mucio.—¿Y don Narciso?

Emma.—¿Y Mataró?

Muelita.—Como siempre. Unos rabiando, otros gozando...

Don Mucio.—Y otros mordiendo.

Emma.—Sobre todo doña Prisca.

Don Mucio.—Y la golfita mansa de La Campitos.

Graciano.—No es usted piadoso, don Mucio.

Don Mucio.—El que quiera honra que la gane.

Emma.—¡Vaya con Muelita!

Muelita.—¡Vaya con Emma! *(Emma le sacude cariñosamen las solapas.)* ¿Me quita usted las motitas?

Emma.—Siempre que llega un amigo de Madrid le miro la ro por si trae polvo de la calle de Alcalá... ¡No hay nada con Madrid en el mundo!

Graciano.—¡Hurra por Madrid!

Emma.—Nada de hurra. ¡Viva!

Graciano.—Es usted castiza.

Emma.—¡Cuánto me acuerdo de mi "Dominguín"!

Graciano.—¡Canario!

Don Mucio.—Canario, no. Jilguero. *(Ríen.)*

Muelita.—Tengo que pelearme con usted, don Mucio.

Don Mucio.—¿El contratito, eh?

Muelita.—Venga usted para acá, mala persona. *(Se lleva don Mucio fuera del antepalco.)*

Graciano.—¿Vamos al palco, Emma?

Peter.—*(Que ha despachado al Maître.)* Vayan. Va a baila una pareja muy *chic: Sullivan* y la *belle Rodopis*. El es un blanc pintado de negro; pero va bien, va bien. Fíjese en ella, Emm y dígame luego su opinión, a ver si coinsidimos. *(Entran Emm y Graciano en el palco. Peter corre las cortinas. Breve pausa. Mi inquieto y emocionado al pasillo, y dice en voz baja.)* Entr Néstor. *(Oyese un poco atenuada la orquesta.)*

ESCENA V

PETER *y* NÉSTOR.

NÉSTOR.—Recibí tu carta...

PETER.—Supe providensialmente donde vivías...

NÉSTOR.—¡Qué sorpresa!

PETER.—No perdamos el tiempo. ¡Siéntate!

NÉSTOR.—Estás rodeado de gente que me odia...

PETER.—Que te conose.

NÉSTOR.—He visto aquí a Graciano Chacón y a Lope de Muela.

PETER.—Están distraídos en el palco. Déjalos.

NÉSTOR.—Te habrán contado horrores de mí.

PETER.—Háblame... dime la verdad... Júrame por tu honor..., si te queda..., o por la memoria de tu madre..., que no vas a violar el secreto de esta conversasión.

NÉSTOR.—*(Conteniendo una sonrisa maligna.)* Te lo juro.

PETER.—Ante todo... ¿Es sierto que Piedad tiene amantes?

NÉSTOR.—¿Pero tú no sabes que su marido la lleva veinte años?

PETER.—Y su marido... ¿lo sabe?

NÉSTOR.—Probablemente.

PETER.—¿Y se resigna?

NÉSTOR.—La cree, la quiere... ¡Es tan hermosa!

PETER.—Está bien... Y la Marquesa, ¿qué dise?

NÉSTOR.—Está tan vieja...

PETER.—¿Y tú?

NÉSTOR.—Dicen que soy malo; pero no es verdad: una víctima... Que no he tenido suerte. Fuí millonario antes de ser hombre; el dinero me corrompió.

PETER.—Tú nasiste corrompido, Néstor... Siempre fuíste malo; siempre tuviste el alma negra...

NÉSTOR.—Eso mismo te probará que no soy responsable. Fuí despótico y cruel contigo, ciegamente... Atavismos. Mi abuelo era un santo y mi padre un hombre vulgar; pero ¿quién te dice que algún Arencibia no mataba a sus siervos como Nerón? Yo he sentido muchas veces, sobre todo de niño, ganas de matarte...

PETER.—Lo sé. Y yo a ti...

NÉSTOR.—No te maté por miedo...

PETER.—No te maté por lástima...

NÉSTOR.—*(Inmutándose.)* Hace todavía un año hubiera preferido la muerte a esa injuria. Ahora, no...

PETER.—¿Por qué?

NÉSTOR.—Porque todo me da lo mismo; porque soy hombre al agua y quiero vivir lo que me quede de vida lo mejor posible. No tengo el valor de matarme. "¡Qué cobardía!", dirás.

PETER.—Lo diría si te mataras. ¿Tan terrible es tu situasión?

NÉSTOR.—Tan terrible.

PETER.—¿El palacio hipotecado?

NÉSTOR.—Dos veces.

PETER.—¿Y la Marquesa?

NÉSTOR.—Ya no le alcanza para pagar los réditos hipotecarios y para vivir.

PETER.—¿Tú la arruinaste?

NÉSTOR.—Casi.

PETER.—¿Piedad no es rica?

NÉSTOR.—Lo fué. Es una manirrota. Yéboles no le negaba nada. Y Piedad no se priva de ningún capricho. Es una viciosa...

PETER.—¡Cállate!

NÉSTOR.—¿Qué puede importarte a ti? *(Pausa. Peter está conmovidísimo.)* ¿Lloras?

PETER.—*(Serenándose.)* No es nada.

NÉSTOR.—¿Puedo fumar un cigarro?

PETER.—*(Alargándole su encendedor.)* Sí.

NÉSTOR.—*(Examinando con admiración el encendedor.)* ¿Ganas mucho, Pedro?

PETER.—Regular.

NÉSTOR.—Vives bien...

PETER.—Regular.

NÉSTOR.—¿De qué te quejas? Te ha mimado la Fortuna. Yo... ¿cómo iba a sospechar que Peter Wald fueses tú? He estado mes y medio en cama... Un duelo... Un balazo en una pierna... Ayer dejé la *chaise-longue*. En cuanto te vi, te conocí... Estás mejor que antes... ¡Y vistes! Dame las señas de tu sastre...

PETER.—No lo podrías pagar.

NÉSTOR.—Es cierto. No me perdonas una... Y yo te aguanto. Ha cambiado la situación: tú eres rico, yo pobre...

PETER.—Yo he trabajado...

NÉSTOR.—Y vencido... Del trabajo solo, ríete tú. La suerte, la estrella...

PETER.—Y la voluntad...

NÉSTOR.—¡Qué bien te expresas!

PETER.—¡Bah! No olvides que me crié en tu casa.

NÉSTOR.—Gracias.

PETER.—Tú me enseñaste a meditar...

NÉSTOR.—Haciéndote sufrir...

PETER.—No hay otro modo...

NÉSTOR.—¿Cuándo dejaste de odiarme?

PETER.—Ahora mismo. Acaso no te odié nunca. Y si te odié me arrepiento de ello...

NÉSTOR.—Me abrumas con tu compasión...

PETER.—¿Qué quieres? Soy así. ¿Te molesto?...

NÉSTOR.—¿No querrías ser mi amigo?

PETER.—Como de cualquier hombre; pero preferiría que fuésemos hermanos durante sinco minutos.

NÉSTOR.—¿Para qué?

PETER.—Para desirte, sin que te ofendieses: "¿Cuánto nesesitas, Néstor?" *(Néstor mira aturdido a Peter. Una ráfaga de alegría le sube al rostro. Va a reír y se contiene. Llégase a Peter e intenta arrodillarse. Peter lo estorba, y dice.)* ¡Eso no, eso no!...

NÉSTOR.—Sí; quiero humillarme... Quiero besarte las manos... Quiero pedirte perdón...

PETER.—Te he dicho que íbamos a ser hermanos. ¿Cuánto nesesitas? Habla...

NÉSTOR.—No me atrevo. Ignoro la cuantía de tu fortuna. ¿Puedes prestarme ciento cincuenta mil francos?

PETER.—Sí. ¿Pero para qué?

NÉSTOR.—Cien mil para réditos hipotecarios, atrasos de todo género, un pagaré que vence ahora...

PETER.—¿Y los otros sincuenta?

NÉSTOR.—Para volver dignamente a España.

PETER.—¿Con tu hermana Piedad y la Marquesa?

NÉSTOR.—Sí...

PETER.—Si es para eso, cuenta conmigo. Si es para vicios, no.

NÉSTOR.—Tranquilízate. Ya no me queda tiempo ni para el mal. ¿No has sentido el sudor caliente de mis manos? ¿No te has fijado en mi cara? Estoy tísico, deshecho.

PETER.—Te llevaré a un sanatorio de Arcachón, de Suiza. Te salvarán...

NÉSTOR.—No. Y si me salvasen me moriría de tedio...

PETER.—¡Pobre!... *(Dándole cariñosos golpecitos en la espalda.)* Anda, anda... Busca a la Marquesa, a tu hermana Piedad... Y cuéntales cómo has encontrado al negro... Anímalas, confórtalas... Dilas que abran el corasón a la esperansa, porque Pedro, el hijo de Mari-Fransisca, dará cuarenta, sincuenta mil dólares, lo que sea presiso..., para salvar de la ruina su casa, la tuya... ¡Nuestra casa, Néstor!

NÉSTOR.—*(Conmovido, a pesar suyo.)* ¡Qué gran corasón!

PETER.—No pierdas tiempo...

NÉSTOR.—Así te conduces cuando tenías motivo para vengarte horriblemente de nosotros...

PETER.—Y ya lo estás viendo: Esta es la vengansa de Pedro Valdés. Adiós. *(Vase. Néstor queda un momento aturdido. Oye a* GRACIANO *y a* EMMA, *que se acercan, y vase rápidamente.)*

ESCENA VI

EMMA *y* GRACIANO, *por el palco. A poco,* DON MUCIO *y* MUELITA; *más tarde,* PETER.

EMMA.—¿Y Peter?

GRACIANO.—No está...

EMMA.—Me pareció que lloraban...

GRACIANO.—*(Asomándose al pasillo y como si reconociera a Néstor.)* ¿Qué hacía aquí ese hombre?

EMMA.—¿Quién?

GRACIANO.—Un caballero de industria... ¿Cuánto le habrá timado? Es Peter demasiado bueno. *(Vienen* DON MUCIO *y* MUELITA *discutiendo.)*

EMMA.—Papá.

DON MUCIO.—Nena.

EMMA.—¿Y Peter?

DON MUCIO.—Aquí estaba. ¿Ocurre algo? *(Muelita y Graciano hablan aparte.)*

EMMA.—Lo encuentro raro... Unas veces, sin motivo, se pone triste; otras, alegre; pero su alegría no me gusta. Yo creo que está enfermo y que lo disimula...

DON MUCIO.—Vamos, chiquilla.

EMMA.—Me inquieta.

DON MUCIO.—No veas visiones.

EMMA.—Dichoso tú.

DON MUCIO.—¿Quieres a Peter?

EMMA.—Para mí es un hermano.

DON MUCIO.—Así me gusta, paloma. Todos somos hijos de Dios.

EMMA.—Lo quiero, lo admiro... y le tengo lástima.

DON MUCIO.—¿Lástima?

EMMA.—*(Viendo venir a* PETER, *por la derecha.)* ¡Calla!

PETER.—*(A Muelita.)* ¿Se arregló el negosio? ¿Vamos a Madrid?

MUELITA.—Don Mucio es un tirano, un verdugo...

DON MUCIO.—*(Interviniendo.)* Protesto.

MUELITA.—Quiere sacarle el tuétano al pobre don Narciso...

GRACIANO.—Hace bien.

MUELITA.—Tú te callas.

GRACIANO.—¡Muera el empresario!

MUELITA.—No rebaja una perra de las veinticinco mil. ¿Es eso ponerse en razón? El teatro del Sainete no tiene aforo para tanto.

DON MUCIO.—Conformes...

MUELITA.—¿Ve usted?

DON MUCIO.—Se pone la butaca a dos duros, hombre...

MUELITA.—Y sacrificamos al público, don Mucio.

PETER.—*(Terciando amablemente.)* Orden. Ahora mismo habla-

remos don Musio y yo. Meteré un capote, como se dise en España.

MUELITA.—¡Gracias a Dios!

GRACIANO.—Lo que tú no consigas...

DON MUCIO.—*(A Peter.)* Me desmoraliza usted.

PETER.—*(A Emma, Muelita y Graciano.)* Vayan al palco.

MUELITA.—¿Telegrafío?

PETER.—Espera.

MUELITA.—*(A Emma, mientras hacen mutis.)* ¿No querría usted volver a Madrid?

EMMA.—Me criticarán mucho...

GRACIANO.—Será usted la primera quitadora de cabezas. *(Entran en el palco.)*

ESCENA VII

PETER y DON MUCIO.

PETER.—*(Con la voz ligeramente alterada.)* Don Musio. Siéntese usted serquita de mí... Quiero que lo que hablemos quede callado entre nosotros...

DON MUCIO.—Me pone usted en cuidado... *(Se sientan.)*

PETER.—No quiero saber nada de contratos... Me da lo mismo Madrid, que Nisa, que el Cairo... Es un pretexto para retenerle a mi lado... De esta noche no ha de pasar mi silensio... Por un extraño fenómeno tengo valor para hablar...

DON MUCIO.—Todo lo que usted quiera.

PETER.—Ya era tiempo.

DON MUCIO.—¿Qué emoción es esa? ¿Está usted enfermo?

PETER.—Sí.

DON MUCIO.—*(Alarmado.)* ¡Caramba, eso es grave! ¿Enfermo hasta el punto de no poder bailar, de suspender, de rescindir?...

PETER.—Nada de eso... Tranquilísese... Yo bailaré hasta la víspera de morirme...

DON MUCIO.—Morir... ¿Quién piensa en eso?

PETER.—¿Por qué no? Me gustaría morirme.

DON M*ucio*.—¿Que le gustaría morirse, a usted, que gana el dinero a espuertas? ¿A usted, que no le falta nada?

PETER.—No se burle usted de mí. Me falta... no tener ese color.

DON MUCIO.—¡Esa es otra! Si fuera usted blanco no tendría el mismo éxito. Ya cambiaría yo mi pellejo por el de usted... Vaya si lo cambiaba...

PETER.—*(Levantándose convulso.)* ¿Y quién le ha dicho a usted que no pueda intentarse esa operasión? Yo me muero porque nesesito una piel blanca, y esa piel..., esa piel..., si usted quiere..., puede dármela.

DON MUCIO.—*(Confuso y admirado.)* No lo entiendo a usted... Confieso que no lo entiendo a usted... Hable más claro...

PETER.—*(Bajando la vista y con voz sorda.)* Estoy enamorado de Emma... *(Pausa. Don Mucio se levanta aturdido. sin habla. Peter acude a sostenerle.)*

DON MUCIO.—Gracias... No es nada... Así, de pronto, me ha sorprendido...

PETER.—Estoy enamorado de Emma y se la pido en matrimonio... No nesesito desirle lo que he sufrido y luchado antes de hablar... Estoy enamorado de ella desde Madrid... Y si ella no me quiere, si no tiene el valor de casarse conmigo, créame usted, don Musio, me mataré... *(Pausa larga.)*

DON MUCIO.—*(Bajo y lento.)* Sea usted razonable, amigo Peter. ¿Qué más querría yo que poder complacerle? Pero usted sabe que no es costumbre el matrimonio entre razas de colores distintos, y, además, aunque yo quisiera otorgarle a usted la mano de mi hija, contra viento y marea, y poniéndome a la sociedad por montera, ya conoce usted a Emma.

PETER.—Usted ejerse un dominio absoluto sobre su voluntad...

DON MUCIO.—Para eso, no...

PETER.—Para todo. ¿Por qué no lo intenta usted?

DON MUCIO.—No me atrevo. Y..., con franqueza..., a mí me encantaría que desechase usted ese amor.

PETER.—No puedo. He llegado a ese instante en que el corasón se resiste a continuar la lucha. O me caso con Emma o me doy un tiro en la frente...

DON MUCIO.—¿Está usted loco?

PETER.—No puedo más.

DON MUCIO.—¿Y... el contrato?

PETER.—Me obliga a bailar, pero no a vivir. Yo no tengo interés en ganar millones que no me sirven para nada. Me aburro, y antes de darme a la bebida o a la morfina, prefiero acabar de una vez... No quiero abusar de su pasiensia. Me doy cuenta de lo odioso de la situasión... Le agradezco que no se haya indignado, que haya sido tan cortés... *(Dominando su emoción.)* Y ahora, vamos a disimular, a fingir, a engañar a Emma y a ésos. *(Ofreciendo cigarrillos a don Mucio.)* Hablemos del contrato de Madrid.

DON MUCIO.—*(Mirándole a los ojos.)* Querido Peter... Le conozco a usted lo suficiente para saber que no hay ningún artificio en su actitud...

PETER.—*(Con sutil amargura.)* Me conose usted...

DON MUCIO.—Vamos, no diga usted niñerías... ¡Animo, Peter! Tal vez lo arreglemos todo...

PETER.—*(Alegremente.)* ¡Don Musio!

DON MUCIO.—Yo hablaré a Emma... Pondré de mi parte cuanto sea posible... Mi autoridad de padre, mis consejos... La iré preparando con dulzura, con habilidad... Tenga usted esperanza... Por mí no ha de quedar, y conste que algo muy grande le sacrifico, amigo Peter. Ya ve usted si le aprecio...

PETER.—Lo sé, don Musio...
DON MUCIO.—Más bajo...
PETER.—Me da usted la vida...
DON MUCIO.—Chitsss...
PETER.—Y ella...
DON MUCIO.—Ella, fuera del amor, le tiene a usted un gran cariño de hermano. Eso es algo, Peter. Le admira a usted con toda su alma... El miedo instintivo del principio ha desaparecido... Todo contribuye... Esta misma noche estaba inquieta por usted... Sospecha que está usted enfermo, que sufre... ¡Quién sabe si ha leído en su corazón!
PETER.—*(Dejándose llevar de un repentino optimismo.)* Usted lo dise, don Musio... ¡Cómo va llenando mis pulmones de oxígeno cuando me ahogaba de pena! Usted lo dise... Si lee en mi corasón, está enterada... Si teme por mi salud es porque tiene compasión de mi vida... Háblela pronto, don Musio... No la prepare lentamente, háblela pronto, que no puedo vivir en esta espera de agonía... Dígala que pongo a sus pies todo mi rendimiento, toda mi vida... Que la adoro apasionadamente, que la doto con la mitad de mi fortuna... ¡Ay, don Musio, don Musio!... ¡Si Emma me quisiera, sería locamente dichoso; no me tendría por negro!... ¡Ella, ella habría hecho el milagro de blanquearme la piel!...

ESCENA VIII

Dichos y EMMA, *que levanta la cortina del palco.* PETER *y* DON MUCIO *se vuelven, turbadísimos.*

EMMA.—Papá... ¿Qué habláis? ¿Qué pasa?...
PETER.—Nada...
DON MUCIO.—Nada...
EMMA.—No. Algo ocurre entre vosotros... Se os oye desde el palco... Muelita y Graciano se dan cuenta... Vaya usted con ellos, Peter, y entreténgalos... Tengo que hablar con mi padre...
PETER.—Emma...
EMMA.—Se lo pido encarecidamente... Vaya usted. *(Vase Peter.)*

ESCENA IX

EMMA *y* DON MUCIO.

DON MUCIO.—Hija...
EMMA.—Lo que yo temía, ¿verdad? Sí, es eso. Peter te ha hablado de mí...
DON MUCIO.—Me ha hablado...

EMMA.—Lo adivinaba. Te ha dicho que se muere de pena... o que se mata, es lo mismo... ¿Cómo voy a consentirlo?

DON MUCIO.—Emma...

EMMA.—Ha llegado hasta mí una palabra de muerte... Me he dado cuenta... Me estoy dando cuenta desde hace tres meses en que tiemblo de zozobra cada vez que me toma de la cintura; en que muero de angustia cada vez que me mira tan triste..., ¡tan triste!... *(Ahogando un sollozo y dominándose.)* Bien. ¿Qué hacemos?... ¿Qué has dicho?...

DON MUCIO.—*(Aturdido.)* ¿Yo?...

EMMA.—Tú. De seguro le has ofrecido interesarte, prepararme... Pues bien; ya estoy preparada... *(Luchando con una intensa emoción.)* ¡Y tanto como lo estoy!... Puedes decirle que...

DON MUCIO.—¿Qué vas a decir? En el nombre del cielo, hijita... ¿Qué idea tienes de tu padre? Lo primero en el mundo, tú... Tú decides de tu suerte; nadie más que tú...

EMMA.—*(Sarcástica.)* ¿Yo decido?

DON MUCIO.—Con plena libertad... Sin atender a nadie más que a ti misma...

EMMA.—Pero tú me has empujado.

DON MUCIO.—¿A qué?

EMMA.—A que yo sola tenga que decidir... ¿Por qué no me mandas lo que he de hacer? Ya sabes que yo te obedezco en todo, en todo...

DON MUCIO.—¿Qué quieres decir?

EMMA.—Me has inducido al primer paso. papaíto, y todos los demás son una consecuencia del primero.

DON MUCIO.—¿Me reprochas?

EMMA.—No; me defiendo. Vosotros los hombres, padres o maridos, nos inclináis, nos obligáis a que hagamos esto o aquello..., y cuando nos ponéis en el duro trance, en el momento decisivo, os acobardáis... Tenemos que decidir nosotras y decidimos... ¡Somos más valientes las mujeres!

DON MUCIO.—Yo no tengo otra culpa que haberte salvado de la tuberculosis y la miseria...

EMMA.—Por eso mismo tengo que casarme con Peter.

DON MUCIO.—¿Cómo?

EMMA.—Si por él me has salvado de la tuberculosis y la miseria..., si todo nuestro bienestar se funda en eso... y le debemos esta vida de lujo, los grandes hoteles, los grandes expresos, hipódromos, playas, éxitos, consideración, fama, riqueza... y hasta el vestido que visto y el que tú llevas..., y ya no podemos prescindir de estos bienes..., ¿cómo vamos a negarle un poco de amor? No, papaíto. Todo esto hay que pagarlo, y se paga... ¿Cómo? Con una vida de sacrificio... ¡Aquí está mi vida!

DON MUCIO.—*(Aterrado.)* Pero tú no le quieres...

EMMA.—¿Qué importa? Lucharé conmigo misma. Me venceré. ¿Qué mérito tendría si no?

DON MUCIO.—¿Y si con el tiempo?...

EMMA.—¿Le quisiera?... ¡Dios lo haga!

DON MUCIO.—Es bueno...

EMMA.—Mejor que nosotros. Lo terrible es que es bueno. Yo le quiero fraternalmente. Es más, me he acostumbrado a él; pero no puedo quererle de amor porque es negro... Yo querría no ser como soy para dar cabida en mi corazón a un amor tan justo por parte de él. Pero por más que refreno mi instinto me repele, me repugna... No puedo evitarlo... Es... toda mi sensibilidad de mujer que protesta... Pero así y todo acepto. Me casaré con Peter...

DON MUCIO.—Así no puedes casarte.

EMMA.—*(Resuelta.)* Ya no soy la chiquilla irreflexiva y necia, papaíto... Ya soy una mujer... Déjame sola... *(Llamando.)* ¡Peter!

DON MUCIO.—¡Hija!... *(Peter asoma con la ansiedad pintada en el rostro.)*

EMMA.—*(Con naturalidad.)* He hablado con papá... Estoy perfectamente enterada de todo y acepto. Esta es mi mano... *(Peter, emocionadísimo, vacila. Acuden* GRACIANO *y* MUELITA *a sostenerle.)*

ESCENA X

Dichos, PETER, GRACIANO, MUELITA *y a poco* LA FLORISTA, EL MAITRE, EL CAMARERO *y* EL BOTONES.

GRACIANO.—¡Peter!

DON MUCIO.—*(Abrazando a su hija.)* ¡Hija mía!

MUELITA.—*(Por Peter.)* ¿Se pone malo?

DON MUCIO.—¡De felicidad!

EMMA.—*(A Don Mucio.)* Era mi deber.

PETER.—*(Recobrándose, ebrio de dicha.)* ¡Abrásame, Grasiano!... ¡Tú, Muelita!... *(Los abraza.)* Emma se casa conmigo... ¡Soy el más felís de los hombres!... *(Entra El Maitre y Un Camarero con champán, bandejas y copas.)*

MUELITA.—El champán.

PETER.—*(Acudiendo a todos.)* ¡Descorcha botellas, Maitre!... ¡Ayuda tú, Grasiano!... ¡No te separes, Emma!... ¡Que corra el champán a torrentes!... ¡Vamos a brindar por nuestra dicha!... *(A La Florista, que asoma entre cortinas.)* "Entréz, Ivonne!"... ¡Vengan todas esas flores para mi prometida!... *(Toma todas las flores de La Florista y las entrega a Emma. Esta ríe.)* ¡Trae esa botella! *(Arrebata una botella de manos de Graciano.)* Cristo dió su sangre en una copa de vino... *(Escanciando en diferentes co-*

pas.) Esta copa para Emma... Para Don Musio... Grasiano... Muelita... *(Presentando al Camarero una copa llena.* "Prenéz, garçon!" La Florista... El Maitre... El Botones... ¡Que beban con nosotros los humildes!... De ellos venimos, Emma. Yo no me avergüenso de mi origen...

EMMA.—Ni yo, Pedro.

GRACIANO.—*(Entusiasmado.)* ¡Bravo, Peter!

TODOS.—¡Viva Peter! *(Alegría.)*

PETER.—*(Imponiendo silencio con un gesto grave y llenando una última copa.)* Esta otra copa para Luis Nonell... *(Pausa.)* Hase un año debutó conmigo la que va a ser mi esposa... Yo quise que coinsidiera esta fecha con la de la muerte de un ser querido... Un hermano blanco que tuve sobre la tierra... ¿Quieres, Emma, que dediquemos un minuto de silensio a su memoria? *(Emma asiente.)* Amigos, suplico un minuto de silensio... *(Pausa. Hácese un gran obscuro. La misma orquesta, atenuada por la distancia, cesa de tocar. Gran silencio. Sólo se advierte la silueta de Peter, erguido, y con la copa de champán en la diestra. La silueta de Luis Nonell se dibuja a su lado. El espectro se adivina como a través de aguas dormidas y profundas.)*

PETER.—¿Eres tú?

LA SOMBRA.—*(Como un susurro grave y solemne.)* Soy yo, Pedro, que acudo a tu invocación...

PETER.—¿Ves mi felicidad?

LA SOMBRA.—Siento tu desengaño... ¿No ves con tus ojos mortales que la blanca que quieres se sacrifica por gratitud a ti y por amor a su padre?... No te engañes a ti mismo, hermano... Sálvate de la ilusión... Tu amor es imposible... Un poco de substancia obscura basta para aislar un ser de otro ser, un mundo de otro mundo... Dios ha sellado las razas con su dedo... Despierta de tu sueño... Donde te aguardo no tienen color las almas... *(Se desvanece la sombra. Vuelve la luz. Están todos en la misma actitud que tenían al sobrevenir el obscuro.)*

PETER.—Ha pasado el minuto de recogimiento... He hablado con él... He oído su voz...

GRACIANO.—Desvarías...

EMMA.—Peter...

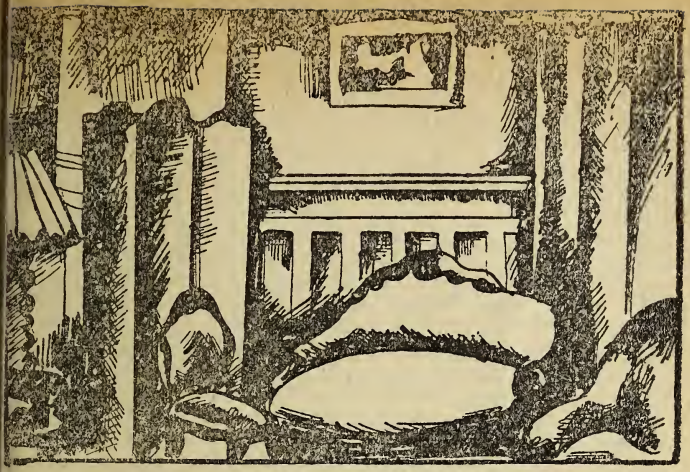
GRACIANO.—¿Crees en aparecidos?

PETER.—Una imagen que se levanta en nuestra consiensia es un aparesido... Ha hablado en mi pensamiento...

EMMA.—¡Qué locura!

PETER.—Perdón... Y para no pensar en ello, permitidme que brinde yo solo. *(Levantando la copa.)* ¡A la sagrada memoria de mi hermano Luis Nonell!...

TELON



SEXTA JORNADA

Sala en el Palacio de los Arencibia. A la izquierda, la puerta de la alcoba de PETER. Una *chaise-longue* al pie de un amplio ventanal. Es de día.

ESCENA PRIMERA

PIEDAD, LA MARQUESA DE ARENCIBIA, EMMA y DON MUCIO

(Emma, demacrada y muy sobriamente vestida, está en actitud humilde y respetuosa. Don Mucio se dirige cortés a las damas. Estas acaban de entrar. Las cuatro figuras están de pie.)

DON MUCIO.—Señora marquesa de Arencibia, señora marquesa de Yéboles... Perdonen ustedes este allanamiento de su casa, pero al saber por Graciano que nuestro pobre amigo Peter se muere no he podido contener a Emma...

EMMA.—Y he venido...

PIEDAD.—¿Con que es usted Emma?

MARQUESA.—*(Calándola con los impertinentes.)* ¿La pareja de Pedrito?

PIEDAD.—Qué diferencia, mamita. En el escenario parecía alta, y aquí, de cerca, resulta pequeña...

MARQUESA.—Perdone usted la frivolidad del comentario, hij mía, en momento tan serio...

PIEDAD.—Dice bien la abuelita. Las mujeres somos incorregi bles. Tomen asiento. *(Se sientan.)*

MARQUESA.—¿Quieren ustedes ver a Pedrito?

EMMA.—Señora marquesa, haga la caridad de que me reciba. Yo no puedo vivir un momento más sin ver a Peter... Si Dio se lo lleva, quiero que antes me perdone... Reconciliarme con él.

MARQUESA.—¿Con él? Pero si habla de usted como de una san tita imposible...

PIEDAD.—Desde que está en esta casa, y está en ella desde e día que cayó usted enferma, no cesa de nombrarla a usted...

MARQUESA.—Nosotras no podíamos consentir que continuara vi viendo en un hotel. Estaba muy delicado el pobre y le hicimo aceptar una alcoba en esta casa, donde se ha criado, porque h de saber usted que ésta es su hermana de leche...

PIEDAD.—Nosotras le pusimos una alcoba lindísima y él ha pre ferido la que tuvo su madre, mi nodriza negra...

MARQUESA.—Y, como dice mi hija, no se le cae de la boca s nombre de usted.

EMMA.—Por eso mismo, señora..., porque su alma es incapa de odio y porque lo merezco es por lo que quiero llevar a su co razón un poco de calma...

MARQUESA.—Calma. Eso es lo que usted necesita, niña.

EMMA.—¿Qué pensará usted de mí? ¿Qué diría yo para justifi carme a los ojos de ustedes? Yo no soy una mujer ingrata, ni in sensible, ni perversa... Antes, por un impulso de mi concienci que por mandato de mi padre, consentí en casarme con Peter.. No puedo negar que para mí representaba un inmenso sacrificio.. Yo no tengo la culpa... Yo querría que fuésemos iguales: él com yo o yo como él... Me daría lo mismo. Yo no soy superior a él n él inferior a mí... Lo que pasa es que somos..., a ver si me ex plico, diferentes. Estas mismas razones le di a Peter. El pobr parecía recibirlas con ternura y agradecimiento. La idea de qu éramos iguales le consolaba. Y hubo un momento en que me v reflejada en el cristal de sus ojos como una imagen negra... Y m lo dijo: "Te he visto en mi corazón junto a mi madre, y las do erais negras..." Pero luego desechaba esta idea y me prefería co mo soy, blanca. Y ese era su mayor tormento: adorar en mí l distinto, lo diferente... De una manera vaga presentía que mi repugnancia indómita no había cedido, y como un niño terco quería escudriñar en mi conciencia... Me atormentaba, forjaba proyectos para cuando nos casáramos, viajes, contratos, negocios... Una veces hablaba con una exaltación enfermiza, otras desfallecía... Llegamos por fin a este Madrid tan esperado y tan temido... E con la ilusión acrecentada de la boda próxima, yo con la duda con el ruego a Dios de que limase lo imposible y soldase lo re-

fractario... Hice promesa a la Santísima Virgen y a Jesús Crucificado para que hicieran el divino milagro de anular mi sensibilidad... Todo fué en vano... Yo lo sentía y él lo presentía... Llegó a prueba... ¿No había de llegar? Un día buscó a papá y se fueron los dos a la joyería a traerme una sortija... Lo vi regresar poco de júbilo. Yo rezaba entre dientes pidiéndole a Dios que no me diese asco el contacto de su piel... Temblaba... Llegóse a mí cándido y leal, como hombre y niño que era... Atribuía, sin duda, mi turbación a la felicidad del momento... Estaba tan ciego que no veía debajo de mi piel un demonio de hostilidad, como yo no veía a través de su piel un ángel de blancura... Puso en mi dedo la sortija de desposada... Yo veía su rostro negro, vagamente, aumentar sensiblemente de tamaño al acercarse a mí... Sin poderlo evitar, me pareció de pronto una fiera viscosa que acercaba a mí el hocico húmedo de amor... Y al poner un beso en mi carne..., lo que pasó por mí no lo sé... Cuando pude darme cuenta me vi en mi cama, con el médico y mi padre que me imponían silencio...

Don Mucio.—Y ha sido tan tremenda la conmoción moral de mi pobre hija, tan rudo el ataque, que ha estado a dos dedos de la locura...

Emma.—Y en el egoísmo de tu dolor no te has acordado del pobre Peter, que se muere de veras...

Don Mucio.—Yo sabía que estaba en esta casa bien atendido y cuidado. Con el alma en derrota lo vi alejarse de nosotros... ¿Qué iba a hacer?... Yo tenía una hija con la vida en peligro... Lo primero era ella...

Emma.—Y esto es todo... Yo quiero ver a Peter... Estoy segura de haber destruído en mí todo cuanto me separaba de él... He recobrado la salud y él se muere... Esto es injusto— Quiero pedirle perdón...

Marquesa.—Yo no sé, hija mía, hasta qué punto será conveniente que la vea a usted...

Piedad.—Con la mejor intención podemos provocar una catástrofe...

Marquesa.—Habrá que consultar al médico...

Don Mucio.—¿Quién está con él?

Piedad.—Graciano.

Marquesa.—No se ha separado de él un instante.

Emma.—¡Pobre amigo!

Don Mucio.—El puede prepararlo...

Emma.—*(A la Marquesa.)* ¿No le parece a usted?

Piedad.—Aquí está Graciano.

ESCENA II

Dichos y GRACIANO, *por la puerta de la izquierda.*

GRACIANO.—*(Un poco alterado.)* Emma... Don Mucio... ¿Han venido ustedes? No pueden imaginarse la emoción de Peter...

EMMA.—¿Se ha enterado?

GRACIANO.—No; pero los sentidos de los enfermos lúcidos como Peter, están agudizados de tal modo, que saben presentir sin equivocarse la proximidad del objeto amado... No ha mucho, incorporándose en su butaca, ha dicho: "Emma está cerca"...

EMMA.—¿Ha dicho eso?

GRACIANO.—Sí. Y ha comenzado a acicalarse... Una rápida *toilette* para presentarse a Emma. Había tal seguridad en sus palabras que me ha hecho salir de la alcoba para cerciorarme y, en efecto, está usted aquí... ¡Qué estupenda adivinación de moribundo!

EMMA.—¿Usted cree...?

GRACIANO.—Se nos muere, Emma.

DON MUCIO.—Pero...

GRACIANO.—Viene aquí, seguramente. Le gusta sentarse al pie de esa ventana. *(Oyese ruido de pasos.)*

EMMA.—*(Levantándose emocionada.)* ¿Viene?

DON MUCIO.—*(Tratando de salir con Emma.)* Vámonos...

GRACIANO.—*(Imponiendo silencio con el gesto.)* ¡Quietos!

EMMA.—*(A don Mucio.)* No, no... *(Emma, don Mucio, la Marquesa y Piedad están agrupados de forma que la persona que salga por la puerta de la izquierda no pueda verlos.)*

GRACIANO.—*(En medio de la escena; casi por señas.)* Yo les avisaré. *(Se ocultan todos, menos Graciano.)*

ESCENA III

PETER, conducido por ROLOVITCH. GRACIANO, *que acude a sostenerle.* EMMA, DON MUCIO, PIEDAD *y* LA MARQUESA, *ocultos.*

PETER.—*(Mirando vagamente a todos lados.)* No está. No hay nadie... ¿Quién hablaba contigo, Grasiano?

GRACIANO.—¿Echamos a volar la imaginación?

PETER.—¿Quién hablaba contigo?

GRACIANO.—*(Acomodándole en la "chaise-longue".)* Quietecito... Echate bien... A tus anchas... Acuéstate... Este almohadón aquí... Reclina la cabeza... Ajá... *(Ligera pausa.)* ¿Te encuentras bien?

PETER.—*(Sonriendo tristemente.)* "All rigth!

GRACIANO.—¿Tienes sueño?

PETER.—Un sueño pesado, denso... Un sueño de plomo... Me parese que voy a dormir para no despertar...

GRACIANO.—No...

PETER.—No quisiera consiliar el sueño sin verla a ella...

GRACIANO.—Piensa en ella sin excitarte...

PETER.—Hase un momento soñaba... Estaba a bordo de un bergantín anclado en una bahía... Era noche sin luna... El mar era negro... La costa era negra... Todo era negro. Y, sin embargo, algo me desía en mi corasón que mi barco era blanco... El momento de la partida se asercaba... Las velas todas iban a desplegarse y la vos me desía: "¡Con el alba todo ha de ser blanco!"

GRACIANO.—*(Bajando la cabeza conmovido.)* No me hagas llorar...

PETER.—*(En una reacción efusiva.)* Estoy contento, ¿sabes?... Ella va a venir...

GRACIANO.—¿Me prometes no extremar tu alegría?

PETER.—No.

GRACIANO.—¿No impresionarte demasiado?

PETER.—Sí.

GRACIANO.—*(Levantándose.)* Emma: venga usted. *(Sale* EMMA. *Peter da un grito y trata de incorporarse.)*

EMMA.—*(Acudiendo a él.)* ¡Peter!

MARQUESA.—¡Cuidado, hijo!

GRACIANO.—No te muevas... *(Peter, con serenidad estatuaria, tiene el busto reclinado en los almohadones. Emma, sentada en la misma "chaise-longue", le toma las manos. La Marquesa, Piedad, Don Mucio y Graciano, entre tímidos y conmovidos, les rodean.)*

PETER.—Grasias, Emma, grasias... Hase muchas horas estoy disiéndole a la Muerte: "¡Espera, aguarda, no te aserques..., que no ha venido ella!"

EMMA.—No hables de morir...

PETER.—*(Tendiendo una mano a Don Mucio.)* ¿Cómo va, Don Musio?

DON MUCIO.—Animo, Peter.

GRACIANO.—Arriba el corazón.

DON MUCIO.—*(Jovial.)* He recibido contratos en blanco para actuar en la Costa Azul, en el Cairo, en América... A ponerse bueno, Peter... Va usted a ganar un río de oro...

PETER.—*(Con ironía sarcástica.)* Yo también he resibido otro contrato, Don Musio...

DON MUCIO.—¿Otro?

PETER.—Y estoy a punto de firmarlo... Soy un gran artista, ¿verdad? He resibido un contrato para bailar en el corro de la dansa de la Muerte... ¿No recuerda usted, don Musio, el cuadro que vimos en Alemania? Son veinticuatro bailarines... Un emperador, un papa, un guerrero, un mendigo... Todos bailan a la rueda, todos... Y no se diferensian en nada... Sus esqueletos son blancos... ¡El mío también! ¡Bendito sea Dios, que todos somos blancos!

EMMA.—Peter...

PETER.—Perdón, Emma, perdón... Todo es nada y tú eres todo...

MARQUESA.—Pedrito...

PETER.—¡Qué tierna carisia oírme llamar Pedrito!...

PIEDAD.—Hermano...

PETER.—Amita Piedad.

PIEDAD.—No me digas amita.

PETER.—Déjatelo desir, que es dulse sentirse esclavo ante la muerte...

DON MUCIO.—¿Quién habla de morir?

PETER.—Yo, que me muero... Pero has venido, Emma, y estoy contento... *(Introduce con trabajo una mano en el pecho y saca un escapulario.)* ¿Ves este escapulario? *(Emma besa la reliquia.)* Grasiano, saca un papel que hay en este escapulario... *(Graciano obedece.)* Léelo cuando ya no pueda oírte... *(Con un hondo suspiro.)* Ya nada está por haser... Todo está realisado... *(Entre dientes, como en una oración suprema.)* "Mari-Fransisca, en tus entrañas ya era negro... Mari-Fransisca, bendise a tu hijo con tu santa mano de negra." *(Pierde el conocimiento.)*

EMMA.—*(Con gritos desgarradores.)* ¡Peter!... ¡Peter!... ¿No me oyes?... ¡Soy yo: tu Emma!

PETER.—*(Recobrándose vagamente.)* Sí...

EMMA.—Ponte bueno, Peter de mi alma... y te juro ser tuya... Tu esposa... ¡Tu mujer!

PETER.—*(Radiante.)* ¡Un beso!...

EMMA.—¡Sí!...

PETER.—*(Con un balbuceo.)* Mirándome...

EMMA.—Sin cerrar los ojos, con el alma toda... *(Le besa en la boca apasionadamente. El negro muere con un quejido de felicidad.)*

DON MUCIO.—*(Queriendo apartar a Emma.)* ¡Hija!

EMMA.—¡Es la Muerte, padre!!... ¡He besado su alma!...

DON MUCIO.—¡Muerto!...

GRACIANO.—¡Ha muerto, sí!... Pero todavía no se ha extinguido su voz... He aquí lo que dice en este papel el negro que tenía el alma blanca: *(Lee conmovido.)* "Careciendo de herederos legítimos, lego las dos terceras partes de mi fortuna a la señorita Emma Cortadell... La restante a doña Piedad de Arencibia... Cincuenta mil francos a mi fiel criado Rolovitch... *(Va leyendo lentamente mientras cae el*

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La muralla.—Drama en tres actos.
La juerga.—Drama en tres actos.
Pasión.—Drama en tres actos.
La neña.—Drama en tres actos.
Mora de la Sierra.—Drama en tres actos.
La esclava.—Poema dramático en cinco actos.
Los semidioses.—Tragicomedia en tres actos.
Los demonios se van.—Tragicomedia en dos actos.
Aníbal.—Tragedia en cinco actos.
El crimen de todos.—Drama en tres actos.
El pueblo dormido.—Tragicomedia en tres actos.
Los cómicos de la legua.—Comedia en tres actos.
El azar.—Comedia en tres actos.
Lo que ellas quieren.—Comedia en tres actos.
Atocha.—Comedia en tres actos.
Susana y los viejos.—Comedia en tres actos.
Oro molido.—Comedia en tres actos.
Las hilanderas.—Zarzuela en un acto y tres cuadros, música el maestro José Serrano.
Han matado a Don Juan.—Comedia en tres actos.
El negro que tenía el alma blanca.—Adaptación teatral de la novela del mismo título de don Alberto Insúa.

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las de más prestigiosos autores; las que más expectación hayan despertado, las encontrará usted en

LA FARSA

ADMINISTRACIÓN: RIVADENEYRA (S. A.)

SECCION DE PUBLICACIONES

Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concursos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 30 **céntimos**

En este número empezamos a publicar una serie de cubiertas del gran dibujante

ALMADA

en las que éste ofrecerá a nuestros lectores algunas interesantes interpretaciones de los personajes de la farsa italiana. La de hoy corresponde—no sería necesario decirlo—a

PIERROT

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.